

An illustration on the left side of the page features a woman with dark hair and a purple complexion. She is shown from the chest up, with her eyes closed and a serene expression. Her right arm is raised, with her fist clenched. A purple leafy branch is positioned near her head. The background is white.

Ahora que sí nos leen

Concurso de cuentos
sobre temáticas de género

Ahora que sí nos leen

**Concurso de cuentos
sobre temáticas de género**

Subdirección de Género y Equidad

Concurso Literario: Ahora que sí nos leen (2022 : Buenos Aires)
Ahora que sí nos leen / [compilación]: Subdirección Género y Equidad.
– Buenos Aires :
Biblioteca del Congreso de la Nación, 2023.
133 p. ; 21 cm.

ISBN 978-950-691-134-8

I. Narraciones argentinas – Siglos XX-XXI – Colecciones. I. Biblioteca del
Congreso de la Nación, ed.

Concurso a cargo de la Subdirección Género y Equidad
generoyequidad@bcn.gob.ar

Diseño, compaginación y corrección:
Subdirección Editorial. Biblioteca del Congreso de la Nación

© Biblioteca del Congreso de la Nación, 2023
Alsina 1835, CABA
Impreso en Dirección Servicios Complementarios
Alsina 1835, 4.º piso, CABA
Buenos Aires, diciembre de 2023
Impreso en Argentina
Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

ISBN 978-950-691-134-8

La Subdirección de Género y Equidad de la Biblioteca del Congreso de la Nación convocó a mujeres y diversidades de todo el territorio nacional a participar de la primera edición del concurso literario “Ahora que sí nos leen”. Este aspiró a visibilizar identidades de género que históricamente han sido ignoradas o invisibilizadas, así como también brindar un espacio a relatos vinculados a la cultura en clave de género. Consideramos que no es solo un ejercicio narrativo y el ser testigos de nuestro tiempo, sino también, un aporte para lograr una sociedad más equitativa y libre de violencias. Desde un pasado opacado por la vulnerabilidad de nuestros derechos, hacia un horizonte en donde la lucha por la equidad no sea una utopía, sino un camino.

En esa línea, creemos que promover un espacio para la narrativa feminista es fundamental para las nuevas generaciones, las nuevas prácticas culturales y los modos comunitarios de vincularnos. A la vez, como plantea Virginie Despentes “la escritura funciona como lucha contra el caos”, pero también como denuncia de desigualdades.

La convocatoria contó con dos categorías: historias de vida y relatos ficcionales sobre temáticas de género. Se inscribieron más de 300 personas, y contamos con un jurado de reconocida trayectoria en el mundo de la escritura y el periodismo como Belén López Peiró, Fernanda García Lao y Fabiana Scherer, quienes seleccionaron 23 relatos ganadores, que son los que están publicados en este libro.

Desde la Biblioteca del Congreso, queremos agradecer a quienes participaron en el concurso, destacar la calidad de los relatos recibidos y felicitarles por compartir sus palabras y sentires.

Esperamos, a través de este concurso literario, poder incentivar a más espacios de intercambio literario y de escritura con perspectiva de género, para generar iniciativas concretas que permitan avanzar en la igualdad dentro de nuestra sociedad.

Ahora que sí nos ven, es momento de que nos lean.

Subdirección de Género y Equidad - BCN

Índice

El hongo	9
Veinticinco metros	13
Las achuras	17
Sacudir el mantel	21
El cementerio de la abuela	24
Midland	34
¿Alguien quiere ser mi mamá?	43
Cachita	49
La selva	56
Necrológica	60
Cuatro paredes	66
Persecución	70
Lo de Doña Elvira	73
La deuda	78
Tan cerca del comedor diario	83
Un hombre liso y llano	90
Nueva York en primavera	97
En disidencia	102
La Moni, yo y las que son como nosotras	111
Cría cuervos	114
Trabajo Sucio	119
El bebé que no existe	122
Bendito es el fruto de tu vientre	128

El hongo

Natalia Villamil

Tenés que ser feliz siempre en las despedidas, eso me dijo la doña.

Y yo que todavía estaba con el gusto a yuyos, impregnado en la boca, le hice caso y sonreí levemente. Con la comisura de los labios hacia el costado, como una mascarita.

Ensayé... ensayé una mueca. Era una sonrisa dura, sostenida por dos hilos de babas. Los hilos de baba que me quedaban. Tenía sed, pero no me salía pedir agua. Tragaba saliva seca con gusto a sangre, me había mordido un poco los bordes de la boca, sin darme cuenta. Una costumbre nerviosa.

Estaba sentada allí, con las piernas abiertas y la cabeza hacia arriba, como rezándole a un dios. Mirando las telarañas de esa pieza, pensando en que no quedaba otra que eso que estaba sucediendo. Tratando de torcer el destino, ya consumado. Como si se pudiera. Siendo hostil conmigo misma, con la decisión, con el arrebató, tal vez.

Sentada en un tacho de basura.

Eso había indicado la doña, con tono suave y lento.

Es más fácil para todas, sentir que es una basura.

Lo repetía, con la voz baja, apenas perceptible, como para no molestar mi concentración, pero también como para que yo no olvide que lo que llevaba adentro mío era una basura que había que tirar. Que lo piense así... pretendía la doña, que no suelte ese

pensamiento. Algo que se tira, que no vale la pena llorar. Que no vale el suspiro de nadie. Ni las lágrimas del presente ni el recuerdo del mañana.

Su rezo me aliviaba.

Ella tenía bien claro el pensamiento, a pesar de ser una doña bruta, con eso le salía pensar.

Lo repetía.

Pero yo no paraba de preguntarme... por qué el tacho de basura, habiendo cama, por qué estaba sentada allí, aunque fuera basura, sin saber nada, en la cárcel de esa decisión... con el dolor de las caderas ensancharse en cada dolor.

Entonces ensayé, esta vez, la pregunta: ¿Por qué dejarlo ahí? Como se deja la cáscara de papa, sin darle un lugar, aunque más no sea en una maceta, en algún frasco para que trepe el vidrio como un hongo que se expande fuera de mí o por qué no tirarlo en un montoncito de tierra para que quizá en algún momento se transforme en flor. Que la doña, bruja que todo lo conseguía, que todo lo podía, lo convirtiera por fin en una azalea brillante como ojos gatos en esa oscuridad.

La fuerza hacela al revés, me dijo.

—*Una entraña que tiene que trabajar contra la naturaleza* —me repitió la doña.

Sacar la piedra del camino.

Roer como una leona pensando en otra cosa, eso tenía que hacer.

Y yo que solo pensaba en el final, que solo deseaba el final por más lleno de voces malignas que me estallaban en la cabeza.

Solo quería el final...

Había pensado en la muerte tantas veces y ahora se moría un pedazo de mí misma, adentro o afuera ¡o en el eterno hueco que conecta mis adentros y el afuera!

Se moría en ese instante un trozo del sexo sin querer.

Me lo quería sacar, era un enemigo. Mientras oía los pájaros en su canto, tragaba yuyo, crudo, duro, sucio, de la huerta de esa doña desconocida. El yuyo recién cortado. Y me entregaba a esas manos que me zarandeaban el cuerpo, que me hurgueteaban el interior, que me sacudían el hueco de conexión eterna, todo eso, sin pedir permiso.

Nada pedía permiso.

A mí me pasó, a mí.

Todo pasó sin permiso.

En un momento imaginé que las manos de la doña hacían el mismo movimiento de zambullida en una pileta. Lloré para adentro como el agua cuando hace remolinos para vaciarse por alguna cañería. Y me mareé, me confundí tanto, tanto, que a la doña no le quedó otra que sentarme en el lugar de las acusadas con fuerza animal, otra vez, en ese tacho de basura para bañarme el bajo vientre con un chorro de agua congelada.

Quiso dormirme las piernas.

Dormirme la entrepierna casi para siempre...

Mi cuerpo al desnudo, inocente aún.

—*No es un parto, es otra cosa*—sentenció la doña.

Ya entonces, con esa frase como una sentencia todo tuvo que terminar.

Y cuando todo pasó en un tiempo distinto al de siempre. Agotada, después de ese sueño casi amigo, que me hizo olvidar, aunque sea por un rato, que todo había pasado más rápido de lo que las agujas del reloj marcaron. Después de ese miedo que duró cien años, revoleé los ojos por todo el lugar, ya no quedaban ni las telarañas tejidas por los años, pero me pareció ver el tacho de basura

con mi hongo negro oscuro de muerte, por fin afuera, me pareció verlo entonces, prendiéndose fuego.

Al fin, era el fin...

Ese dolor de perderlo fue menos fuerte que el miedo de tenerlo adentro, chorreando y cubriendo las paredes de mi cuerpo hasta su nacimiento.

Veinticinco metros

Cecilia Magdalena

Solo en el club, la única institución del pueblo de mi ciudad donde los cruces suceden, las lenguas dicen, hacen y deshacen, ciudad ni muy chica ni tan grande, pero chica al fin. Infierno grande, así dicen. Y es. En la escuela, en la Iglesia, en el Ministerio donde trabaja mamá, en la plaza de enfrente a casa, hay nenas y nenes de diferentes alturas y colores, chicas y chicos. Cierta policía del sexo controla que seamos solo dos. Solo de a dos. Solo uno para otro. Dos.

El club, el único lugar donde alguna vez vi cierta confusión de género. En el pasillo, los comentarios sobre la profesora de básquet, las mujeres sudadas, los vestuarios como un desfile de desnudeces, erotismo de barro y cloro. La ropa suelta y el corpiño apretado, las tetas son sólo pecho, músculo. La remera larga con números diferentes, no importa el nombre. La diez sale con la dos. La nueve “chapa” con la seis y la uno. La dos ve a la cinco de la mano con la tres y se va a golpear la bolsa en el entrenamiento. A nadie parece importarle, pero por las dudas no mires demasiado, no comentes, no le cuentes a papá, no te intereses por el asunto, ¿mirá si te gusta? Son camisetas, debajo no importa qué. Tetas, culos, pitos, vaginas, pelos y deporte, no es serio. Jugar es hacer de cuenta que. Y la profesora de tenis, la han visto salir temprano de madrugada de la casa de la quiosquera, se llevan al menos veinte

años. No hay desvío, hay faltas. No es enfermedad, es esguince. No es barullo, es el club. Festejo, aliento, hinchada. No es escándalo.

El verde, los álamos, la parrilla, el fútbol, el equipo de vóley, las chicas de aquagym, los botines, el color ladrillo de la cancha, las sombrillas, picnic nocturno, birra, el domingo y la familia. Es un lugar como otros, con sus reglas y su cultura en general. Ya sé para qué equipo voy a jugar, me lo dijo mi hermano, ni se te ocurra hinchar por los otros, en esta familia es así, en este barrio ha sido así siempre. No es lo mismo “la cultura general” que “el General de la cultura”. Y las reglas son que acá no pasa nada, acá somos todas amigas, acá las chicas y allá ellos, los noviecitos, los hombres, los que la ponen. Pero yo también sé ponerla y solo pensarlo me da calor. Un fuego de excitación y vergüenza. Voy al baño y me lavo la cara. Llorar también es ponerla.

Hay lugares y no-lugares. Yo vengo de los dos. Lunes, miércoles y jueves voy al club. Veinticinco metros por quince metros, una pileta de barrio para una lesbiana de barrio. Ahí no hay remeras, hay mallas y mi culo siempre está demasiado al aire. No hay confusión: piernas y brazos bien expuestos, bikini o enteriza, tela al cuerpo, el agua me pega el deseo, la piel, los pezones que saltan por el frío. No me molesta, ni el mío ni otros cuerpos de mujer. Me gusta cómo nadamos, cómo agitamos el agua, cómo entramos tan bien entre nuestras manos.

Soy una chica que nada, como existir a veces. Nada, nado, que nada, quemada, que rema, que naufraga, que isla, que bote, que lesbiana, que chica, qué chica diez, que “chapa” con la nueve, que nada. Enteriza y *desarmadiza*. Malla roja, me queda espléndida, me gusta la tela elástica sobre mis caderas que van y vienen. Subo y bajo. La pileta me desinfla. Ir a gastar energía, ir a respirar cada cuatro, cada seis, cada dieciséis brazadas.

Hundirse. Inmersión y ahí estoy otra vez queriendo la superficie. Que se vea claro y respirar. Patada, patada, patada. Una piletta. Me hundo. Patada, brazada, patada, respiración, brazada, patada, respiración. Soy otra. Dos piletas. Me gusta mirar a mis compañeras cuando se zambullen. Tres piletas. Ya hice cambio de aire. Patada, burbujas. Cuatro piletas. Afuera no podemos vernos. Burbujas, contar hasta veinte lento y sacar la cabeza. Entro en calor. Rotación de cuello, como diciendo que no. No, no, no. Varias veces, ir y venir. Cinco piletas. Me gusta sentir que se posan otras miradas sobre mí.

Nado estilo mariposa, me hecho a volar.

A la profesora no le molesta que nademos una por encima de la otra. La sincronía nos divierte, pero el movimiento del agua desestabiliza las imágenes. No es reflejo, es otredad. Rotación de cuello, digo no, le digo que no, pero terminamos dándonos un beso debajo del agua. Me encanta ese juego, también es deporte.

La profesora explica otro movimiento.

Patada de pecho. Abro las piernas a los laterales y quien nada adelante hace lo mismo, lento, como queriendo que yo vea algo debajo del agua. Es otra amiga con quien en el último verano nos colamos en el club y robamos cerveza fría, nos tiramos en la cancha de rugby y juntamos nuestras tetas. He visto a otras chicas hacer lo mismo, llegan al entrenamiento con el pasto pegado todavía a la espalda. Son solo amigas, dijeron sus padres para aclarar la situación denunciada por la celadora del vestuario que las vio desnudarse. Y todas asentimos con la cabeza. Y con el cuerpo. Decir que sí con el cuerpo es un gesto difícil de remover. Se empaña para siempre.

Mi hermana me vio una vez en el vestuario bañándome con una compañera y le contó a nuestro papá. Fue una patada de pecho. Patada al pecho y fin del entrenamiento. No recuerdo cuándo

me di cuenta de que ella me miraba y me gustó, estaba a salvo de otros ojos. La memoria tiene su propia lógica de amontonamiento.

Aunque quiebre el agua de un tajo no me hundo, decididamente voy al fondo a buscar lo más lejano. Ya no es tan allá, ya me siento diferente desde antes.

Brazada y patada de espalda. El techo, su vidrio, el sol, el verano, y en la pileta el agua tibia que nos sale de adentro. Diez piletas. Nadar de espaldas sin contar la respiración. Nos chocamos. Sigán la línea de las vigas, grita la profesora. Disculpá, sí, qué torpe, pasá primero vos. Apoyo la frente en el cielo y cuento: una, dos, cinco brazadas de espalda. Avanzar sin ver para cuidar el semblante, acá no pasa nada, voy a tientas, cómo saberlo, no sentí que eras como yo, al contrario, eras tan diferente y aún así quieren que estemos todas en el baño de chicas.

Y me hundo otra vez. La vida es un entrenamiento. Medir la capacidad pulmonar con el aire, tomar la velocidad de la carrera con las palpitations, coordinar el movimiento de brazos hasta hacer un perfecto corazón de pecho en dos maniobras.

Vamos al vestuario. El olor a cloro es ácido y me froto mucho la piel hasta que se pone roja, pero algo de la contaminación me queda como un sarpullido en el pudor. Se nota en mi cara que algo más pasa. Quisiera quedarme en el club todo el día, haciendo tiempo para entrar a inglés, por ejemplo, es una excusa tonta, no importa. Hacer tiempo y espacio ahí, ahuecarme, un nidito que los niños quieren derribar con sus piedras, pero se mantiene firme. Una fortaleza. Y dormir ahí, ahogarme de la risa.

Pero mamá sabe que estoy en el club y me espera para almorzar. Casi huelo la cazuela de pollo, ahí tan cerca, a veinticinco metros del suelo, mi nidito.

Las achuras

Carina Perretti Matera

Una nariz rota, sangrante. Una nariz pequeña, lisa, asustada. Una mano grande, gruesa, áspera, contra el hueso. La muerte rondando la cocina.

Los niños sostienen a su madre a punto de perder la vida y corren hacia la casa de Perla.

—La mami está tirada en el piso, vení, tía.

—Pero, ¿qué pasó?

—El papi.

La salida hacia la calle se riega de sangre nasal. Los brazos de Perla sostienen a su hermana con la fuerza de un huracán, con lo que le quedó del sostén de las planchas de hierro, de las sábanas lavadas en la tabla. Un furioso salvataje que las lleva hacia la casa del médico.

Es de madrugada. El aire se alborota de mosquitos, es verano. No hay mucha luz, los focos son débiles en las calles de tierra y escasez humana. Los niños caminan rápido a su costado, los piececitos no les alcanzan para seguir los adultos y prácticamente sueltan un trotecito leve y asustado, desbordado.

Camina largas cuerdas. La longitud aumenta en la soledad nocturna de las mujeres. Hay miedo a la muerte y a encontrarse con los borrachos que salen de los bares-cuevas y, aún peor, de la zona de los achureros, donde, les han dicho que, de noche, los

hombres y mujeres usan sus cuchillos para salir de aquel hervidero de sangre a continuar la tarea en la vereda, con cuerpos humanos. Una historia que conocen desde niñas y sobre la cual solo tienen la certeza de quienes creen a sus padres la indicación de cuidado, nunca pasar por ahí.

Las mujeres achureras son más temidas que sus iguales masculinos. Tienen unas trenzas negras y gruesas que les llegan por debajo del ombligo ensanchado en una gran panza. Durante el asado de achuras que hacen en la vereda, llevan enormes cuchillos. El matadero les obsequia las achuras que de no ser por ellas, terminarían en la basura. Con maridos e hijos, las achureras salen en los carros a venderlas: chinchulines, librilla, tripa gorda. Ese no es más que su trabajo, pero quienes las observan elucubran historias de terror que no pueden confirmarse: nadie pasa por sus ranchos de noche, nadie se atreve a preguntarles cuando les compran alguna pieza, nadie ha pasado por la vereda durante el asado.

No importa la veracidad de la historia, no pasan por ahí. Perla, Marta y los niños, se desvían, toman la otra calle, la que no tiene una leyenda adosada. Se acercan al centro de la ciudad donde la luz de los tendidos eléctricos es más luminosa porque sus residentes provienen de familias distinguidas por el dinero acumulado junto al prestigio. Aparecen, en las puertas de las casas, las placas de bronce, un abogado, un escribano, un doctor. Las veredas brillan y aún se puede sentir el aroma del lampazo que pasaron las empleadas domésticas de toda la cuadra.

Con las últimas fuerzas, Perla golpea la puerta maciza y amplía de la casa del doctor. Los niños reposan en la pared y Marta balbucea algunas palabras inentendibles que suenan a dolor extremo. El doctor abre la puerta entre lagañas y bostezos, se asusta al verlas. Les indica el ingreso.

En el interior de la casa con techos altos que obligan a los niños a mirar hacia arriba, se quedan esperando en la sala para tal fin mientras el médico se lleva a Marta hacia el consultorio. Pasando una puerta amplia de vidrio está la casa del doctor con amplios sillones y un parque gigante que ninguno de estos visitantes nocturnos conocerá. Solo llegaron hasta la sala alguna vez anterior por un malestar menor de Marta que ya le alertaba de este golpe final.

El médico cree necesario preguntarle a Marta qué hizo que lo enojó tanto. Ella cierra levemente los ojos en tono de decepción aunque ya conoce la pregunta y la espera. Se limita a no contestar excusada por el mareo y la conciencia que apenas le llega entrecortada.

La salida de la casa del médico es fría. La noche ha colonizado toda la pequeña ciudad. Hacen algunas cuadras por la calle Mitre para acortar el regreso. A pocos metros de la esquina continúan el ritmo acelerado del escape, la boca del lobo que emerge en la madrugada asusta demasiado y la casa está tan lejos.

Las luces del auto estacionado titilan indicando que él está ahí. Su marido, el autor del golpe, baja del auto. Si Perla no hubiera estado con ella, Marta no hubiera dudado en subirse instantáneamente, como una respuesta condicionada por el sonido de una campana cristalizada por el temor. Pero vuelven sus pasos amontonados, perseguidos, aún más veloces, levantan al más pequeño en upa para volver por la calle de los achureros por la que podrían salir.

Marta sabe que es solo cuestión de tiempo. Que no podrá escapar, que deberá volver a casa, Perla no podrá cubrirla, protegerla para siempre. Solo retrasa lo predecible.

Los corazones pequeños y grandes se aceleran, golpean fuerte en el pecho y enlentecen los pasos aunque saben que él

los está siguiendo. Se sujetan con más fuerza de los brazos y tratan de no hacer tanto ruido con las alpargatas. Se acercan al rancho de los achureros y observan el reflejo del fuego en la pared y el humo les llegan con olor a molleja y chinchulín. A alguno de los pequeños se le hace agua la boca mientras Perla y Marta rezan usando sus dedos que se entrecruzan entre sí como un rosario de hermandad. Perla se yergue para parecer más alta de lo que es y aparentar un paso pesado y lento como si no pesara apenas cuarenta kilos.

La mujer achurera se les queda mirando mientras pasan. Porta un gran cuchillo de carnicero en sus grandes manos y lo afila en la chaira que nunca se lavó, como ese cuchillo que va soltando pedazos de carne mientras se desliza por el acero. Se sonríe con una mueca como si estuviera comiendo chicle pero ha de ser un bocado de tripa gorda. Se acerca al fuego, mueve las achuras que casi están listas y vuelve a mirar a estos valientes paseantes nocturnos que tiritan mientras pasan. Los ve alejarse y desde la esquina se percata del perseguidor. El marido de Marta parece traer encima unos vinos de más por lo que no teme a los achureros y siempre creyó que en la falsedad de la leyenda. La mujer achurera lo mira confundida y observa a Marta girando la cabeza con la gasa en la nariz: el espanto en su rostro se lo dice todo.

Esa noche Marta y Perla lo esperan juntas, pero nunca llegará.

Esa noche, en el rancho de los achureros, la parrilla rebotará de carne.

Sacudir el mantel

Huesolita (Soledad Castresana)

Acá en el barrio, las casas están bastante separadas. Entre medio, hay muchos árboles, arbustos y, sobre todo, maleza. No se sabe bien dónde termina el jardín de cada casa. Una cuida lo que puede, si puede. Acá en el barrio, después de la cena, las mujeres sacuden los manteles afuera. Las telas zumban en el aire todas al mismo tiempo.

Es verano, por eso Norma se demora un poco más con su mantel. Salir al fresco de la noche, que recién empieza a hacerse, la alivia por un ratito del barullo que meten los mellizos y la tele.

Pero lo que a Norma le gusta de esta hora, hoy se le pasa rápido. El alivio se le va junto con la última claridad de la tarde y siente que una piedra se le atora en la garganta. Una presión terrible.

Se acuerda del parto. Pensó que se moría.

—¡No te vas a morir! —le gritaba la enfermera— ¡Cómo vas a dejar a estos dos huérfanos! ¡Bruta! ¡Respirá!

Y respiró esa vez, como le decían, y respira ahora, también. Hondo. Por la boca. Aspira. Sopla. Como si el aire pudiera ablandar una piedra.

Los eucaliptos del fondo, que un momento atrás parecían hacmacarse divertidos con la brisa, de repente son gigantes borrachos que bailan en lo oscuro. Mareados, igual que ella. El ruido de las hojas suena fuerte, se acerca, la envuelve. Se escucha como las voces de aquellas viejas chismosas, las que hablaban de ella por atrás.

—Seguro que algo hizo para provocarlo al hombre, la mosquita muerta.

—Y mirala ahora. Cómo se arruinó la vida, tan joven.

—Jovencita, pero atrevida.

—Hay que ver cómo se las arregla.

—Claro, porque no la va a querer nadie.

—Ya no va a conseguir marido serio.

—Y, además, casi casi que destruye una familia feliz.

Norma piensa en el mar. Se acuerda del mar. De su sonido, tan distinto al de estas hojas. El mar asusta un poco, es cierto, pero es hermoso y parece que canta, aunque a veces golpee.

Respira. La piedra cede un poquito y deja que el aire pase mejor. De vuelta plantada sobre sus pies, de vuelta en equilibrio, sacude fuerte el mantel. Las migas saltan con cada azote como la espuma de las olas en el viento, cuando el viento se pone arisco. El mantel es rojo. Igual a las banderas que estaban puestas aquel día, la primera vez que fue a la playa.

Prohibido bañarse, le explicó Doña Susana que significaba el rojo. Peligro. Menos mal, pensó Norma, porque tanta agua junta le había dado miedo y ella no sabía nadar, no quería meterse, solo mirar ese paisaje que no había visto nunca. Doña Susana la había llevado a las vacaciones para que cuidara a los nenes y así podía descansar también ella y salir al teatro o a cenar con el marido, hacer vida matrimonial, de adultos.

Y, como Norma no tenía traje de baño, le había dado uno que ella no usaba más. Porque estaba fuera de moda, comentó; pero se conoce que ya no le iba. Doña Susana se quejaba con las amigas de que después de un embarazo de dos el cuerpo no volvía nunca jamás a ser el mismo. Tenía razón, pero Norma aún no lo sabía.

Entonces, ese mismo día, aquel día, la primera vez, la única hasta ahora, que Norma fue a la playa, quién sabe qué matete se le hizo al pobre Don Alberto en la cabeza al ver a la niñera caminando de la mano de sus hijos.

Ellos, idénticos, con sus sandalias celestes, sus gorritos al tono y los pantaloncitos verdes. Ella, con el mismo traje de baño con rayas azules y blancas que se ponía su señora de joven, antes del embarazo. Y cuando llevó a los nenes a dormir la siesta, Don Alberto se le apareció en el cuarto.

Que se había tomado una copita de más en el almuerzo, que el calor, que el pescado, la confusión, tantas cosas dijo después para explicarse. Que no entendía lo que le había pasado. ¡Ay! Normita, que algo como un arrebató, que él no era así, que ojalá supiera perdonarlo alguna vez.

Eso dijo, mientras le daba una plata y la subía al micro que la llevaría de vuelta al barrio, sin dejarla despedirse de la señora o de los chicos. Y ya no supo de ellos, algo nomás por una vecina. Aunque le preguntó a Don Alberto, la tarde aquella que le habló por el teléfono para decirle que estaba de encargo y no sabía qué hacer, pero él no le contó nada de los nenes, le dijo que más vale no volviera a llamar, que no volviera a molestar a su familia, que nadie quería saber nada de ella y, después, le mandó otra plata.

Cruje una rama y Norma se da cuenta de que ya no hay migas saltando, de que la única luz en los alrededores viene de la tele de su casa y de que ya no se escucha bochinche adentro. ¿Qué horas serán? Antes de entrar, se limpia los pies en el felpudo como si tuviera arena. Después, se seca los ojos con la punta del mantel y cierra con dos vueltas de llave.

El cementerio de la abuela

Daniela Alejandra D'Amico

I

El día que nos mudamos con la abuela Amelia, lloré. Cuando llegamos, el exterior de la casa estaba cubierto por una capa de pintura rosada que con los años se había descascarado, dejando a la vista el gris del material. Las flores del jardín, hortensias, azaleas y alegrías del hogar, acostadas como fósiles de lo que alguna vez tuvo color. Cuando las apretaba se deshacían entre mis dedos y dejaban un rastro de ceniza que se me pegaba a las yemas. El pasto llegaba casi hasta las rodillas y al atravesarlo terminaba con manchitas rojas, picaduras, la única señal de que no todo estaba muerto en esa tierra.

La basura agría. Eso fue lo primero que olí. El tacho desbordado y la pileta llena de restos. Mamá empezó a llamar a la abuela con un dejo de desconfianza, casi una pregunta, como si supiera que podía encontrarla muerta. La casa estaba a oscuras, solo algunos hilos de luz entraban por las persianas gastadas. Yo la encontré. Amelia estaba sentada en un sillón individual, acurrucada contra la pared en una esquina del comedor. Podría haberla confundido con alguna de las bolsas que estaban tiradas por la casa.

Una bolsa de huesos, cubiertos por una capa finísima de piel y un camisón blanco. Mamá la sacudió y la abuela abrió los ojos.

—Ay, Sonia, qué flaquita estás —me dijo, mirándome como si fuera un fantasma, con ojos vidriosos que me hacían acordar a los de mi gato.

—¡Qué decís, mamá! Es Felicitas, tu nieta. No ves que tiene la cara igual al padre.

La abuela se paró, agarrada del apoyabrazos. La tela del camión estaba desintegrándose por el uso y se le transparentaban las tetas, que le colgaban del torso como dos aguavivas atravesadas por el tejido de sus venas.

Los médicos le habían dicho a mamá que la abuela estaba entrando en una demencia senil. Necesitaba estar acompañada y ya no había más plata para seguir pagando enfermeras.

El día que nos mudamos con la abuela era veintisiete de diciembre de 2009.

Casi Año Nuevo en la casa de una mujer que ya no festejaba nada.

* * *

La primera noche en la casa me despertaron los gemidos. Sonaban lejos y cerca a la vez, como si vinieran de todas partes con la desesperación ciega de un animal. Me senté en la cama, espalda contra la pared. Escuché pasos sobre el parquet. Me acerqué en puntas de pie a la puerta y apoyé la oreja sobre la madera. Entre las sombras sentí la pesadez de un cuerpo del otro lado.

Contuve la respiración hasta que los pasos se alejaron.

Algunas horas más tarde, una voz me sobresaltó y me atraganté con saliva. La televisión. Era el sonido del televisor del comedor, abajo. Uno de esos programas para llamar y adivinar palabras a

cambio de un premio, aunque nunca supe qué tan bueno puede ser algo que ofrecen a las cuatro de la mañana. Un ruido metálico seguido de un golpe seco. La chica de la tele decía que llamara, que cualquiera de nosotros podía tener la respuesta.

Bajé las escaleras y vi la luz de la cocina encendida, ácida como de hospital.

Empecé a caminar lento, como cuando floto en las pesadillas. El baño estaba vacío, solamente había un pañal tirado en el piso. La puerta de la heladera estaba abierta y ronroneaba. La vi, parada junto a los platos sucios y sosteniendo un *tupper* azul de Frigor que todavía tenía la imagen de los helados en la tapa. El pelo blanquecino despeinado le cubría el cráneo. Una mancha de meo se esparcía por la parte de abajo del camisón. Con los dedos huesudos intentaba abrir el *tupper*, arañándolo.

—Abuela, no es helado. Mamá lo usa para guardar el arroz.

Siguió tratando de abrirlo, ignorando mis palabras como si yo fuera la mujer que deambulaba por los pasillos y no ella. Cuando logró abrirlo, me miró con los ojos de cristal empañado y agarró un puñado de arroz frío con la mano. Se lo metió en la boca y empezó a masticar a pesar de que ya no le quedaba ni un diente.

II

La espalda de la abuela era piel de tortuga. Mamá le pasaba la esponja en círculos para no lastimarla. Le espumaba la cabeza, moldeándole el pelo como un bonete de cumpleaños. “Dale, que nos tenemos que poner lindas para la cena”. Mamá insistía en festejar Año Nuevo.

Después de ayudarla a vestirse, senté a la abuela en la mesa de la cocina para pintarle las uñas. Eligió un esmalte rosado, “cosmopolita” escrito en la etiqueta.

Desenrosqué la tapa y el líquido salió gomoso, pegado al cepillito. Ella sonreía, sus labios eran dos líneas de carne que peleaban contra la gravedad. Las arrugas de su frente daban la impresión de que la piel se desgarraba. Cuando terminé de pintarla le dije que moviera las manos como alas. Ella se empezó a reír y trataba de silbar como pájaro, pero tenía los labios secos y solo salió un soplido marchito.

Entré a la habitación de mamá y me senté junto a ella en el borde de la cama.

—Acercate a la luz, así te pongo la crema.

Unos meses atrás mis manos habían empezado a enrojecerse, agrietadas, con ampollas llenas de líquido y sarpullidos que ardían como alcohol en una herida.

A pesar de que la dermatóloga había dicho que eso se llamaba eczema, mamá me compraba una crema especial para pieles quemadas, como si yo fuera una de esas personas que aparecían fotografiadas en libros de medicina, en fotos antiguas de leprosos pudriéndose en alguna isla.

Mamá me esparcía la crema fría entre los dedos, uno por uno. La veía cansada, con ojeras violáceas y la mirada llorosa. Tenía vacaciones hasta febrero, cuando se retomaban las fechas de examen en el colegio, pero el tema de la abuela le pesaba. Afuera ya estaba oscureciendo y el barrio se encendía con las estrellitas, los fuegos artificiales, el sonido de los *chaski boom*. Mamá me agarró la muñeca y se puso a rezar pidiéndole a Dios que protegiera a la abuela. Yo le acaricié el pelo, reseco por la tintura. Intenté calmarla de la única manera que sabía, en silencio, como se intenta calmar a un animal asustado.

Lo primero que olí esa noche fue Raid. Después el pollo, ubicado en el centro de la mesa. De lejos el mantel parecía de encaje, pero eran agujeritos de polilla. Me acuerdo que la comida estaba tan seca que se me atoraba en la garganta y tenía que humedecer el pollo con mayonesa una y otra vez para terminar de tragarlo. A un costado brillaba azul el televisor, encendido en Crónica: un top diez de las mejores canciones del año. Los Black Eyed Peas ocupaban el primer puesto con *I Gotta Feeling*. Lo que empezó como un tarareo fue creciendo hasta que la abuela rompió en una versión lírica de algo que parecía una canción. Gritaba una y otra vez “bienvenido, rayo de sol”.

Mamá subía el volumen de la tele y le pedía que por favor se callara. Que se callara y comiera.

El postre era una ensalada de frutas acuosa con demasiado gusto a ananá.

Odiaba el ananá, me bajaba por la garganta con la viscosidad de una babosa. Ya no sabía si el olor a Raid venía de la ensalada o si había quedado impregnado en el aire. Propuse abrir las ventanas, pero mamá no quiso por miedo a que entrara algún cohete. Puse los pedacitos de fruta que quedaban en una servilleta y se la di al gato. Abrí una barra de chocolate, pero hacía tanto calor que ya se había derretido, una masa marrón sobre el envoltorio plateado. Esperé en silencio a que fueran las doce y cuando la tele dijo FELIZ AÑO NUEVO brindamos con copas de vino tinto. Fingí tragar y después lo escupí adentro de la copa. Nos miramos a los ojos y sonreímos como imaginábamos que sonreían los demás. La abuela agarró el envoltorio del chocolate y empezó a chupar los restos.

—En mi época no se desperdiciaba nada —murmuró.

Pedí permiso para pararme.

—Necesito salir al patio a respirar.

Afuera me picaban los bichos y el humo de los asados se mezclaba con el olor a explosivo de los cohetes. Caminé hacia la vereda y me quedé parada, sin moverme. El aire estaba caliente y parecía que el cielo se me venía encima, sofocándome. Sentía la humedad entre la piel y los huesos, creciendo como pelusa blanca en una fruta que nadie quiere. De la casa de al lado salió una chica sosteniendo una lata de cerveza. Vestía una campera de cuero y me pregunté cómo se sentiría la piel resquebrajada de mis manos acariciándolo.

Tenía la cabeza adornada por un enjambre de rulos colorados. Me miró y mostró los dientes en un gesto que no supe descifrar. Levantó la lata en mi dirección como símbolo de paz. Me preguntó si estaba bien. Un “sí” fue lo único que se me ocurrió. Se acercó y con aliento licor de frutilla me dijo:

—Feliz Año Nuevo, vecina.

III

Algo palpitaba adentro mío. Me metí la mano entre las piernas y la viscosidad me pegoteó los dedos. Cuando encendí la lámpara vi rojo, deshechos tibios salidos del interior de un animal. Sentí la sangre impregnada sobre mi piel, como las manchas de humedad que invadían las paredes de la casa. Debajo de mi cuerpo, las sábanas se teñían, oxidadas. El aire espeso del verano se condensaba en mi pecho.

Ya habían pasado unos meses desde la primera vez, pero todavía no me acostumbraba. Me repugnaba sentir el cuerpo pegajoso, la sensación de ese peso latiendo en mis entrañas. Me deshice de la ropa y caminé hasta el baño entre las sombras del pasillo. Abrí la canilla de la bañadera y ahí me acosté, un nido de cemento.

La mayoría de mis compañeras habían menstruado antes que yo. El día que me vino estaba en el club de natación del colegio. Me acuerdo del vapor que salía de las duchas y empañaba los azulejos blancos del vestuario. La que me vio primero fue Luana, gritaba “por fin le vino a la rarita” y se reía, mostrando los dientes chuecos, algunos que nunca habían terminado de crecer. Llamaba con la mano a las demás, que todavía tenían las mallas puestas; ella estaba desnuda, igual que yo, cubierta apenas por el tul del vapor. Intentaba taparme la entrepierna con las manos, hasta que empezó a gotear sangre por entre mis dedos y escuché el griterío de las chicas a mí alrededor. La conmoción duró hasta que se aburrieron y se fueron a sus casas. Después mamá me dijo que ella también había tardado en hacerse señorita.

—Las mujeres de esta familia nos parecemos más de lo que pensás, hija.

En la bañera el agua se estancaba entre mis piernas y ya tenía las yemas como frutas podridas. Quería quedarme ahí hasta que mi piel se ablandara, pero finalmente me levanté, dejando atrás el peso del agua amarronada. Me envolví en la toalla y cuando salí al pasillo escuché los ronquidos de la abuela.

Una respiración entrecortada que retumbaba como si proviniera de los pulmones de la casa, detrás de las paredes y debajo de las tablas añejas del parquet.

* * *

Al día siguiente, mamá me avisó que tenía una visita. La vi a la vecina apoyada en el marco de la puerta. Se llamaba Tamara. A partir de aquel Año Nuevo siempre la asociaría con el olor a restos de

cohetes, a las descargas eléctricas iluminando la negrura del cielo. Tamara. La puntada de la T que se iba disolviendo sobre la lengua, derritiéndose de a poco. Después de saludarme esa primera noche, se subió a una moto, abrazada a un chico, y desapareció entre los festejos del barrio.

La invité a pasar y me sonrió con labios rojos de haber masticado algo vivo.

Fuimos al patio, el cementerio de la abuela, con sus flores fosilizadas que hacían de alfombrado junto a los yuyos amarillentos, que seguían de pie gracias a la crueldad de la naturaleza.

Tamara empezó a hablarme mientras yo escarbaba la tierra, ofreciéndoles mis dedos a las hormigas. La tierra endurecida se me colaba entre las uñas y me gustaba la sensación de esa espesura polvorienta rellenoando los espacios.

Seguí metiendo los dedos hasta que la tierra se abrió en dos, bordeando un agujero. El polvo se me había impregnado a las yemas como sangre seca. De fondo el ronroneo constante de la voz de Tamara. Era más grande que yo, tenía dieciséis años y no vivía en Capital, solamente había venido a pasar el verano con su papá y la novia.

—Mi papá me dijo que tu abuela está loca.

—Está vieja.

—Yo no podría llegar así a esa edad. Preferiría morirme.

—Ya ni eso puede elegir, si a veces no sabe dónde está.

—¿Será cómo vivir todo el tiempo adentro de un sueño?

—No sé, nunca lo pensé así —le contesté. Su respuesta me pareció diferente

a las que solía escuchar. Ella me sonrió. Después me agarró la mano que seguía escarbando para que dejara de hacerlo.

—Pareces una nena. Mejor hagamos otra cosa.

—¿Cómo qué?

—No sé, algo. Me invitaron a una juntada, si querés podés venir.

—¿Y cómo es? ¿Va a haber chicos?

—Chicos, chicas. Todo lo que quieras.

Nunca había ido a una fiesta, sin contar una matiné organizada por el colegio.

Tamara dijo que era algo normal, que tenía que empezar a salir como los demás. Que si me corría el pelo de la cara y la dejaba maquillarme un poco podía ser linda. Ella era linda. Creo. Nunca había pensado en eso. Tenía olor a algo dulce, a la crema de las tortas, y hablaba con un tono acaramelado. Un lunar daba vueltas sobre la línea de su boca cada vez que se reía. Cuando nos paramos me pidió que le desempolvara la tierra del pantalón.

Le dije a todo que sí.

* * *

El cansancio era una presencia constante en la casa, un espíritu que se posaba sobre los hombros de mamá cuando aparecía la luna. Durante la cena no dije nada sobre la invitación y esperé a que las dos se fueran a dormir para salir por la puerta.

A la fiesta fuimos en el colectivo 22. Era en la casa de un pibe con el que Tamara se hablaba por MSN. Cuando me encontré con ella en la vereda me esparció una pasta del color de mi piel por toda la cara y me pintó los ojos de negro, con un rimmel reseco del que salían pelotitas con olor a químicos. Ella tenía puesto un vestido color ciruela que se le pegaba a los pliegues del cuerpo, marcando las curvas de su carne. A mí el vestido solamente me marcaba los huesos.

Cada rincón del lugar estaba infestado de gente. Me ofrecían vasos con líquidos amarillentos, verdes, otros casi negros. Nombres que no conocía.

Tomé y sentí la lengua como agujereada. Tamara me agarró la mano y nuestros dedos se entrelazaron en un abrazo húmedo, mientras me guiaba por la casa oscura que latía con luces blancas intermitentes al ritmo de la música.

De a ratos, ella dejaba de mirarme y bailaba con otras personas. No distinguía bien sus caras. Cuando él se me acercó no dije nada ni tampoco me alejé, me quedé inmóvil como si estuviera rodeada por serpientes. No salió ninguna palabra de mi boca, tal vez un sonido como esos que son perceptibles para los perros y nadie más. Creo que él me sonrió. La mezcla del humo de los cigarrillos y la acidez de los cuerpos transpirados me hacía arder los ojos. Él empezó a llenar el espacio. No había aire, solamente cuerpos. Me sacó a bailar sin decir nada, agarrándome primero de la muñeca y luego de la cintura. En ese momento lo único que quería era volver al jardín muerto de la abuela y enterrarme junto a los gusanos.

Midland

Ana Caro

Los jueves a la tarde, Paula va al barrio. Antes de salir pone el GPS, si es hora pico el aparato la hace evitar la General Paz y la manda “por adentro”. Ese recorrido, algo misterioso, le gusta: la cancha de Argentinos escondida atrás de los murales de Diego, el blanco y negro de los muros de Floresta dejándola adivinar el estadio de All Boys, la entrada triunfal bordeando el José Amalfitani; la masa de cemento enorme de las tribunas nuevas de Morón con los gallos tatuados en las paredes y un predio de Deportivo Ituzaingó con un cartel colorido que reza: “Bienvenidos al mejor club del mundo”. Si pasa antes de las cinco por el boulevard de las palmeras, unas chicas venden chipa en un semáforo. Siempre piensa: “una parece trans”, automáticamente le mira el cierre del jean y se avergüenza un poco de sí misma. Vuelve entonces a prestar atención al camino: los baches de la ruta, las banquetas de barro, los colectivos parados en el medio, las calles doble mano con camionetas estacionadas en ambos lados, la barrera del tren que baja a cada rato. También, al bordear el muro del cementerio recuerda el rumor sobre una cancha cercana que, como un fantasma, un talismán o una promesa desconocida, la acecha siempre al final de ese viaje de casi dos horas.

En el barrio deja el auto al lado de los laterales invisibles de un campo de juego del que solo habían sobrevivido dos arcos de

madera. Paula pone unos conos naranjas y otros amarillos y arma un circuito. Las mujeres van apareciendo de a poco. Les da las instrucciones: hasta acá talones a la cola, después rodillas al pecho, acá pique y vuelta trotando para recuperar. Cuando se cansan empiezan a patear, la pelota rebota demasiado y se aburren rápido. A Paula eso no le importa.

Los primeros meses trataba de llegar temprano y de irse cuando todavía el Oeste dejaba ver el sol entre los árboles como una perla naranja anunciando el atardecer. Tenía miedo de salir de ahí sola a la noche, bajaba la neblina, se oían tiros, susurros, cantos. Dejó de lavar el auto para que pareciera viejo, casi tan desvencijado como esos esqueletos oxidados sin ruedas y sin puertas que ocupan las entradas de las casas. Hasta que un día el paisaje se volvió más calmo: el pasto verde, el cielo inmenso y el arroyo menos turbio rodean los colores del crepúsculo y esos colores la envuelven. Al oscurecer ya no se escapa, se sienta con las mujeres en el comedor mientras cocinan para el día siguiente: cuelan arroz, lavan cuchillos, hierven leche y amasan tortas fritas en forma de triángulo. Hablan un rato largo de cerveza, de hijas, de música, de hombres, de fernet, de partos, de novias, de fiestas.

Melani cree que es jueves. Presta atención a ver si llega el auto rojo. Paula le regala *popits* de unicornios multicolores, *slime* con brillitos y chicles de menta. Una tarde, se había cortado el pie con una piedra porque andaba en ojotas. Paula vio cómo por la planta le corría un hilito de sangre y la vez siguiente le llevó unas *crocs*. Todos los regalos los esconde debajo de la almohada porque si no se los sacan sus primas que duermen en la cama de arriba. Su mayor sueño es que Paula le regale unas bolitas de vidrios de colores que vienen en una bolsa de red negra o azul. Los chicos en el barrio saben que, si entre esas, toca un bolón blanco se pide un deseo y

se cumple. Como quiere ese regalo cada vez que Paula se despi- de: “portate bien, bañate, hace los deberes”, ella le contesta que sí. Pero la verdad es que tiene que buscar el agua con unos baldes en la canilla de la otra calle y que la escuela no queda tan cerca y nadie puede llevarla. Por eso, es que está todo el día andando entre esas piedras con filos que la lastiman. Igual, algunas letras sabe, cumplió 8 hace poquito y ya puede escribir su nombre. Paula a veces les lee cuentos a las chicas más grandes. Melani escucha su voz musical mientras se come una torta frita: “Ella se detiene y le explica con dulzura, ¿cuándo entenderás que somos una familia? Tú, el abuelo, el toro Sietecuernos y yo”. Es la historia de una nena que se esconde en los árboles con su hermanito y un toro. A ella también le gusta jugar entre los árboles y algunas tardes va con todos los chicos a bañarse al arroyo un poco mugriento que cruza el monte. Otro día, Paula les contó un cuento de una nena que se perdía en la playa mientras su mamá nadaba en el mar. Melani se imagina perdida en el mar, el mar como un arroyo limpio, grande y plateado y la arena como una tierra finita sin piedras donde podría estar todo el día pateando la pelota descalza o como un pizarrón inmenso donde aprendería a escribir con letras gigantes.

Hoy es jueves. En una de las calles de atrás, Tati sale de su casa. Entra en lo de su amiga a pedirle botines prestados. Tiene el brazo dormido de tanto cargar a la beba. Hace unos días tuvo que salir corriendo a la salita para hacerle un *puff* de Salbutamol. Ahora la beba está mucho mejor, pero hay que vigilar que sature bien y no olvidarse de darle las gotitas de corticoide. Además, llora y quiere tomar la teta todo el tiempo y Tati tiene los pezones con grietas por donde sale leche, más sangre, más pus.

Antes las cosas eran un poco más fáciles, el padre de sus hijos grandes conseguía plata y le traía pollos, pasta de dientes y duraz-

nos. Después los chicos crecieron y se los quiso llevar a trabajar con el “transa” del otro barrio. Ahí lo mandó a la mierda, y conoció a Lucho, su compañero nuevo. No es mucho mejor, a veces desaparece los fines de semana y hasta los lunes a la noche no lo vuelve a ver. Pero a Tati eso no le importa y, además, un poco le sirve porque no quiere ya más hijos. Una vecina se ligó las trompas. A ella en el hospital no la dejaron, les explicó que tenía los dos grandes, la nena de 10, los mellizos y ahora la beba; que ya estaba un poco cansada de tantas *bendis*, que antes le gustaba estar embarazada porque le crecían las tetas y le brillaba el pelo pero que ahora se le iban cayendo los dientes y quebrando las uñas. Le dijeron que todavía era joven, que se iba a arrepentir, que esperara un tiempo.

Tati está agotada, pero como sea, no se pierde el entrenamiento. Durante esa hora y media, se olvida de la beba, los mellizos que recién tienen 4 años, los grandes que todo el tiempo se están metiendo en quilombos y la nena que ya está creciendo demasiado rápido y la tiene que cuidar por lo menos hasta que tenga 13 o 14. Un jueves, Lucho la fue a buscar a los gritos: que qué carajo estaba haciendo ahí, que la beba lloraba, que los mellizos se habían escapado lejos, que ya era tarde, que había que ir a comprar pan, tanto que hacer y ella perdiendo el tiempo entre los conitos...

Sus hijos más chiquitos juegan en la zanja y caminan hasta el arroyo que cruza el monte. No es un arroyo, es un hilo de agua con basura que pasa por atrás de las casas. Y no es un monte, son unos árboles puestos en fila. Dicen que en algún lado el arroyo se vuelve un río transparente y las orillas se llenan de pasto verde. Pero Tati sabe que si hay pasto hay víboras y ella le tiene miedo las víboras y también a las ratas. El otro día cruzó el cielo volando un aguilucho con una rata en el pico. “Parece una estrella fugaz, má” festejaron saltando alrededor de ella, “pedile un deseo”. Estaban contentos.

II

La trocha angosta del ferrocarril iba a cruzar casi toda la provincia: desde el corazón de la pampa hasta Puente Alsina. Se necesitaba transportes a los puertos. La tarea parecía bastante ardua pero los trabajadores sobaban. Desmontaron malezas, talaron árboles, vadearon bañados, cargaron mazas, hachas, picos, hoces, martillos. Traían el frío en la mirada, el hambre en los huesos y la fuerza entre los brazos. Cada golpe de la pala hacía estremecer la tierra y si no era suficiente entonces la dinamita se encargaba de quebrar la paz del paisaje. Las mujeres los seguían atrás con los pies ampollados y las manos conjurando las lluvias. En algún lugar cruzaron un cementerio de lápidas cubiertas por musgo. Esa fue la señal que esperaban. Allí, aconsejadas por los epitafios y las cenizas, decidieron quedarse solas. Los hombres siguieron adelante, tendiendo las vías, tomando ginebra y encontrando compañeras en otros lugares hasta llegar a las lagunas.

Nieves viajaba con su mamá y su abuela. Tenía cinco años cuando las viajeras se detuvieron y allí quedó anclada su vida. Todavía recuerda los relatos de las más ancianas sobre el camino: cansadas de la escarcha, del tedio de cocinar sobre carbones ardientes, de cargar los críos, cansadas del cansancio. Recuerda también las crónicas de cómo se habían asentado, rastrillado las malezas, estirado las lonas y prendido el fuego para iluminarse hasta que pasara la luna nueva. Los chicos lloraban día y noche. A lo lejos, del lado del cementerio se escuchaban los ladridos de unos perros salvajes. No se asustaron, sacaron agua del arroyo, lavaron piedras, afilaron los cuchillos, degollaron la hierba, amasaron el pan. Durante días prepararon los campos para las cosechas, trazaron los límites de los terrenos y los distribuyeron entre las que se habían quedado.

Como ninguna quería vivir al lado del muro del cementerio decidieron que allí harían un lugar para encontrarse. Con el tiempo cuidaron mejor el pasto, marcaron las líneas con cal viva, clavaron los arcos y tejieron las redes. Pintaron un cartel que decía *Buenos Aires Midland Railway Football Club*. Años después se iría descascarando y solo quedaría escrito *Midland* en letras oxidadas. Las mujeres se juntaban por las tardes, fueron aprendiendo a jugar al fútbol; inventaron tácticas: formaban 3.3.4, practicaban jugadas, cosieron números en sus camisetas. Armaron un equipo imbatible. Mientras el tren siguió corriendo desafiaban a jugar a los empleados durante horas. Muchas veces los maquinistas quedaban días detenidos allí, como encantados. Pronto empezó a correr el rumor de unas mujeres que, en algún lugar de las vías que iban desde el meandro pasando el puente Alsina hasta Carhué, mantenían una cancha como una joya preciosa, un diamante engastado en otro diamante.

III

Ese jueves Paula tiene que terminar contrareloj un trabajo para un simposio. Está a punto de suspender el entrenamiento cuando le entra un mensaje: “Profe oy benis?”. Archiva el *papper* y se resigna a quedarse despierta toda la noche para terminarlo. Le cuesta reconocer por dónde la lleva el GPS: nombres que no conoce, barrios antiguos como de fotos en blanco y negro, lugares deshabitados, ni el Diego Armando, ni All Boys, ni el Amalfitani, ni nada. Solo calles angostas medio embarradas.

El viaje es otro, el aire huele a leña de eucaliptus quemándose. En el boulevard desaparecieron las palmeras y los puestos de chi-

pa y tortillas a la vera del camino. Un vendedor al que nunca vio ofrece juguetes en el semáforo: *popits*, *slime* y unos brillitos para las uñas. Lo llama desde el auto. Su cara muestra un envejecimiento sin tiempo, se apoya en un bastón hecho con una gruesa rama de árbol. Paula le compra todo lo que le queda. El hombre saca con su mano demasiado huesuda una bolsa de bolitas de su bolsillo y se la regala, se queda un segundo mirándola fijo con unos ojos grises de hielo. La luz se pone verde y Paula acelera; un encuentro con suerte, le había prometido las bolitas a Melani. Cuando llega al cruce de las vías, la barrera está baja, la chicharra suena sin parar, de repente pasa cortando el viento una locomotora que larga un humo negro, espeso. Este ramal es eléctrico vacila Paula.

En el barrio organiza la rutina de siempre. Conitos, entrenamiento y algo de fútbol. Odia tener que irse rápido para volver a su computadora. La conversación en el comedor la invita a quedarse un rato más; el sol pinta de fuego la tarde y el olor a pan recién horneado va llenando el aire. Las mujeres le explican cómo se hace la polenta dulce, las nenas quieren que les vuelva a contar el cuento del toro Sietecuernos. Le entra un *whatsapp* en el grupo del simposio, sus compañeros le preguntan si ya tiene listo el trabajo, así lo discuten antes de la presentación. “Me faltan algunos ejemplos y armar las conclusiones”, les miente. Se levanta y enfila hacia el auto mientras promete que el jueves volverá con mejores relatos.

Está por arrancar cuando escucha el grito y se sobresalta: “El bolón blanco, me vino en la bolsita”. Paula está apurada, pero adivina que la silueta oscura que lanzó ese alarido es Melani; siente la mano de la nena apretando la suya, sin dejarla ir. La bola es enorme y se agranda cada vez más, la miran con atención: empieza a largar humo verde y lo blanco se vuelve transparente y lo duro que parece mármol se hace cristal. Adentro ven una especie de mapa

en movimiento. “Es por acá” resuena la voz ahora borrosa de Melani y conmueve al monte donde los árboles destilan atardecer. En su mano, el mapa está vivo, cruje, refleja tormentas, relámpagos, batallas navales, mares hirviendo; cuando se despejan los rayos el cielo azul deja ver una cancha con unas casas alrededor, unas vías y una locomotora cortando el viento. Empiezan a caminar las dos. Entonces Paula recuerda otra vez el rumor de la cancha construida a la vera de un cementerio. Algo la empuja a seguir adelante, a abandonar su auto, el simposio del día siguiente, las conclusiones del trabajo.

Melani camina contenta, se imagina que es la nena del cuento y que son como una familia: Paula, ella y tal vez su perrito. Piensa también que las piedras no le están lastimando tanto las plantas de los pies y adivina que están yendo hacia un lugar donde ya no va a tener que esconder sus cosas abajo de la almohada. Esos tres deseos, le pidió a la bola blanca.

Tati las ve irse decididas hacia el arroyo. Agarra a la beba, al salbutamol, a su nena de 10 y a los mellizos. Mira hacia adelante, no atrás para no ver lo que deja ni hacia abajo para no pensar en las víboras. De a poco se va armando una especie de caravana silenciosa que perfora el aire como un redoblante invisible. Se mueven las cortinas que hacen de puertas de las casas, salen todas y se van juntando: las que esquivan los golpes, las que cocinan, las que juegan descalzas, las que le pegan de chanfle, las que no dan más, las que salen de gira, las que leen, las que le rezan a la virgen, las que escriben poemas, las que traen la tobillera, las que tiemblan por sus hijos cada vez que ven llegar los patrulleros, las que escriben *pappers* que nadie lee, las que venden chipa. Y, así, empiezan el camino siguiendo el mapa vivo de la bola transparente, fatigando

el monte, ribera arriba en busca de la playa, la arena, la cancha, la luna, el atardecer.

Nieves las ve llegar bordeando el arroyo. Encabezan la marcha dos mujeres, una nena y una beba. Traen la pelota de fútbol y los conitos. Respira aliviada. Sabe que son las elegidas. De lejos les hace un gesto mostrándoles todo lo que les dejan: la cancha impecable, verde esmeralda con las líneas de cal plateadas, las vías un poco abandonadas que se internan en medio del campo, los armarios donde guardan los botines, las redes de los arcos, las casas con las lámparas encendidas, los eucaliptos que se balancean con el viento, los sauces que acompañan el sonido, las cortezas de los álamos sobre las que podrán escribir, las flores, las camisetas blancas con la banda azul cruzada, el agua limpia que suena como cristal, el cielo punzante. Después, cuando ya están más cerca, mueve la mano para despedirse, da media vuelta y atraviesa los muros del cementerio.

¿Alguien quiere ser mi mamá?

Diego Capra

Me llamo Diego y soy un hombre trans de treinta años. No sé de quién nací, pero nací y estoy vivo. Nunca nadie me dijo “hijo” y me gustaría realmente escucharlo, aunque sé que es difícil. No solo soy grande, soy otras cosas que no están demasiado bien. Por ejemplo: soy alcohólico y bastante estúpido. Digamos que no sirvo ni para mierda. Pero puedo quedarme en silencio y tomar mate. Y quizás eso a alguien le sirva de compañía. Tampoco voy a traer chicas a casa porque detesto el sexo. Y no tengo hijos y dudo mucho de que los fuera a tener.

Cuando era chico, aquellos a los que yo llamaba padres me violaron. Desde los dos hasta los diez años y dolía mucho. Mucho. Y todavía me duele. Y suelo llorar mucho. Mucho. Como ahora. Pero ahora tengo una esperanza: quizás alguien quiera ser mi mamá o mi abuela.

Tengo un hermano mayor, pero ya no lo tengo más. Él ya no me quiere. No me quiere porque estoy violado y le traigo malos recuerdos. Tampoco me quiere porque soy alcohólico y piensa que siempre lo estoy engañando para seguir bebiendo. Yo verdaderamente deseo dejar de beber para siempre. Pienso y sé que lo tengo que hacer por mí. Pero una mamá me haría sentir mucho amor. Y quizás también pueda acompañarla cuando esté enferma.

También podemos tomar mate y mirar la tele y puedo escucharla y si llora voy a quedarme al lado suyo. Quizás ella necesite un hijo y yo pueda ocupar ese lugar. Puedo hacer las compras y limpiar la casa. Cocinar no sé y no creo que pueda aprender porque no me gusta comer. Y quizás me cueste mucho sentarme a la mesa. Pero puedo acercarme y tomar mate. Y quizás coma un poco, pero muy poco. Y si no le molesta, me guardo el resto para comer solo cuando ya no estemos en la mesa.

Le voy a hablar directamente a ella.

Si no te podés dormir, te puedo leer algún cuento. O podemos empezar una novela y leer de a capítulos todas las noches. O si te gusta pensar, te dejo sola y no te molesto.

No sé si me gustaría tener hermanos. Si son varones tengo miedo de que me peguen o me traten de maricón. Pero si tenés hijos, está bien, voy a ser bueno con ellos. ¿Tenés hijos?

También podemos ir a pasear a donde a vos más te guste. A mí me gusta mucho caminar. Pero me gusta caminar cuando tengo una casa a dónde volver y hace mucho que no tengo una casa. La casa de mi infancia no fue una casa, porque ahí vivía aterrorizado. Todas las noches mi papá se metía conmigo y yo me moría. Me morí muchas veces porque fueron muchos años y muchas veces. Solamente no pasaba en Navidad, Año Nuevo y los cumpleaños que se festejaban de noche. A mí me gustan mucho los cumpleaños. ¿Vos qué día naciste?

Yo no sé bien qué día nací. Porque no sé si los que se hacían llamar mis papás eran mis padres verdaderos o me adoptaron. Pero supongo que nací en verano. Eso creo que es seguro. Entre finales de diciembre y principios de enero debo haber nacido. Además, nací mujer. Y muchas de las cosas que me pasaron —me refiero a los abusos— se deben a eso. Esa es otra de las razones por las cuales

nadie me dijo “hijo”, porque nació mujer. Igual muy pocas veces me dijeron “hijo en femenino” y no se sintió de alma a alma.

Tenía una abuela que sí me quería y cuando tenía mucho miedo iba corriendo a su casa. Nada más había que atravesar un patio y una escalera y ahí estaba ella. Era ciega. Y tenía una joroba. Y tocaba el piano como los dioses. Y ella me decía que yo era su “lazarillo”. También me decía que era su “silente compañía”. Es verdad que puedo hacer mucho silencio.

En realidad, no me gusta mucho hablar porque solo sé hablar de abusos sexuales y a veces me pongo demasiado preciso y violento. Me pongo violento y empiezo a decir muchas palabras sexuales. Pero a vos que vas a ser mi mamá no te voy a decir esas palabras feas. Por ahí me ves escribiendo y lo más probable es que esté escribiendo sobre eso. Me pongo a recordar las violaciones y me perturbo mucho. Puede que me esconda en el baño y me largue a llorar.

Igual, lo tenés que saber. Los abusos, por decirlo de alguna manera, eran completos. Con penetración de todo tipo. Y a medida que fui creciendo fueron más y más violentos. El día que me desarrollé dejaron de pasar. Es una realidad, los abusos fueron peores porque nació mujer. Porque a mi hermano mayor que era varón no le pasaron las mismas cosas. Cuando mi papá me violaba yo cerraba los ojos e imaginaba que salvaba a alguna chica que la estuviesen violando. O Dios me sacaba a pasear por algún lugar como la cancha de San Lorenzo. O simplemente quedaba muerto.

Y ahora estoy internado en un hospital psiquiátrico. Desde hace un año y medio me internan y salgo, me internan y salgo. Pero no logro quedarme en el mundo porque no puedo estar sobrio ni vivir solo porque me abandono al instante. Si vas a ser mi mamá yo nunca te voy a abandonar. Aunque sé que los “para siempre” no son

buenos, yo te digo “para siempre” igual. Porque pase lo que pase siempre te voy a querer.

Me gustaría que me cuentes de vos, pero no estás acá para hablarme. Pero podría escucharte, si estás triste ahora me lo podés hacer sentir. Y si no me querés como hijo, también. Yo sé que tengo muchos problemas, pero si nos hacemos compañía tal vez algo se transforme y si vos estás triste, porque todos tenemos un poco de tristeza, quizás si tomamos mate y nos sentimos acompañados la tristeza se pase. Al menos por un rato. Yo creo que sí. Te quiero mucho, aunque no te conozca. Pero ya nos vamos a conocer, ¿no?

Me gustaría saber cómo te llamás, pero saberlo en serio. No te quiero inventar un nombre. En mi vida no hice más que inventar historias. Lo de los abusos y violaciones es verdad. Inventé historias para sobrevivir a las torturas de mi padre. Y me gustaría que esta historia fuera de verdad. ¿Hay alguna posibilidad real de que seas mi mamá? No me quiero ilusionar porque me ilusiono demasiado rápido y después sufro mucho. Pero esta vez tengo esperanza y siento que vas a ser una persona muy buena.

Mamá, ¿te puedo decir “mamá”? Te lo voy a decir y espero no molestarte. Mamá, cuando estemos juntos yo te voy a acompañar. Voy a estar al lado tuyo estando juntos o separados. Me refiero a que te voy a acompañar siempre. Y si estoy fuera de casa y te sentís mal o tenés miedo me podés llamar que no me va a molestar nunca.

Me gustaría saber cuándo es tu cumpleaños, así ya pensamos en el regalo y en lo que te gustaría hacer ese día. Todo lo que yo haga mal decímelo, que lo voy a cambiar. A veces no me doy cuenta de las cosas o me doy cuenta muy tarde. Y por ahí cuando me di cuenta ya te hice daño. Y yo no te quiero hacer daño, mamá.

Mamá, ¿a vos te abusaron? Es muy probable que sí. Porque es un hecho, si sos mujer alguna situación de abuso sufriste. Si te pasó,

quiero que sepas que me duele mucho que te haya pasado. Pero también valoro mucho que hayas podido crecer a pesar del dolor.

Ya tengo treinta años, mamá. Pero soy más parecido a un chico tonto. No crecí mucho más que los cinco o seis años. Estoy haciendo un esfuerzo por crecer, pero no me sale muy bien del todo. Todavía siento que mi papá va a venir y él va a traer la muerte. Se va a acabar esta vida, que se acaba, pero se va a acabar mal. Con mucha tristeza, mamá. Y yo no quiero morir triste.

Mamá, hay veces que me quiero matar y tengo muchos pensamientos suicidas. Me imagino el momento en el que ato la soga en el techo, la paso por el cuello, me subo a la silla y la pateo. Por las dudas dejo el gas prendido y me tomo una botella de alcohol etílico y todas las pastillas que pueda conseguir. Así me mato bien matado. Me gustaría también dispararme, pero no sé de dónde sacar un revolver. Pero la combinación de ahorcarme, el gas, el alcohol y las pastillas me tiene que dejar bien muerto. También puedo tomar un litro de lavandina o kerosene. Y hacerlo todo junto y rápido así la muerte no tiene escapatoria.

Pero cuando me imagino ahorcado, mamá, sufro mucho. Por esto que te digo: no me quiero morir triste. Y morir así, sería morir muy triste y alcoholizado. Y yo tengo un sueño y es dejar de beber. No quisiera morir sin haber dejado la bebida. Por eso me mantengo vivo, por eso sigo viviendo, para que la bebida no me gane la pulseada.

Porque la bebida es como mi papá, se mete sin permiso y hace conmigo lo que quiere. Me viola, mamá. Y me deja desmayado e inconsciente en la cama. Y al otro día me siento muerto y lo único que quiero es que se acabe todo. Porque así violado no se puede seguir. Violado no se puede vivir, mamá. Y es ahí cuando pienso en

la soga, en el gas, en el alcohol, las pastillas y la lavandina. Pero no, no voy a dejar que un violador me mate.

Por eso todavía no me muero y no me morí. Según los médicos me tendría que haber muerto a los veinticuatro años. Sin embargo, seguí bebiendo y violándome y reviví. Como revivía cada mañana después del incesto.

Por eso vivo, mamá. Para no morir violado. No le puedo dar eso a mi vida. No puedo ser tan injusto y salvaje. Y si no me morí, mamá... y si no me morí mamá es porque quizás lo logre. Morirme sobrio, mamá. Morirme con el cuerpo limpio, mamá. No importa la edad, mamá. Importa morirme sin alcohol. Morirme sin semen.

Cachita

Eleanor Rigby (Daniela Toler)

“¡Pará, mono! ¿Qué te pasa? ¿Estás loco? Andate de acá, mequetrefe, salí, sí, sí, preguntale a tu mamá, ella sabe seguro”. Los tipos de esta ciudad me van a volver loca, uno más tarado que el otro, de casualidad no me hizo bolsa a la Morocha. No saben manejar, le dan la licencia a cualquiera y después tiene que ir una con la moto abollada y poner la guita. Pa’ colmo dicen “avísele a su marido que dentro de 48 horas se la tendremos como nueva”, qué marido ni qué marido, la gente hace muchas presunciones. Te ven que llegás solita y enseguida te enganchan un esposo. Qué imbécil el mecánico, cuando le dije que chusmee el embriague, me respondió que lo dejara a él, que no era tema para una señorita como yo, lo graciosísimo fue ver su cara cuando le encajé una trompada. Me tuvieron que sacar entre cuatro. Y sí, viejo, que sea la última vez que me decís esas estupideces, la próxima te rompo un caño de escape en el marote. Señorita... en fin.

“¡Cachita!”, me dijo Mónica, “vení, metete”. Qué pinta, las jovatas del rincón. Se ve que mi amiga algo intuyó, porque me echó una mirada y me susurró “quedate en el molde”. Seguí por el pasillito y me encontré con la mismísima estación de bomberos de la cual voluntariosamente soy parte, tráigame un Amargo Obrero que hoy prendo la sirena y salgo a cazar fuego. Esto sí que es una fiesta.

Al cuarto vaso, tengo que admitir, ya me sentía más sueltita. Así que me fui arrimando. Había una señora muy hermosa con un vestido blanco al lado de un ventanal, fumando un cigarro con una mano y con la otra sosteniendo una copa. Movía la mano con una sutileza que se me paraban los pelos de la nuca. De repente me vio, Cachita galán, con mi camisita, mis pantalones de lana y los dedos un poco manchados con aceite. Cuando hubo terminado el cigarrillo, se me acercó. Disculpame, ¿tenés fuego? ¡Ja! Mirala a la doña pituca, rapidita pa' los mandados.

Y yo que no me achico nunca, le dije que no, pero que quizás podía ayudarla con algún chispazo. Ahí nomás intercambiamos unas miradas y nos fuimos con discreción para el baño. Cuando salimos, la tenía a Mónica en la puerta, un poco más me agarra de la oreja como a los chicos, “¿vos sabés quién es esa?”, me dijo, “yo qué sé”, le respondí, “es la esposa del General Santamarina”, “¿y ese quién es”, un poco más me fusila ella misma con la mirada que me largó. “Portate bien, Cachita, que a mí no me gusta visitar amigos en el cementerio”. Es dramática mi amiga. “Tranquila, es solo una aventura, che”. Un poco me había gustado el juego, confieso, pero una tampoco es suicida. Así que me fui para otro lado y chau.

Pronto encontré otros divertimentos con los que entretenerme, en el sector timbero me hallé jugando al truco y apostando unos pesos, como para condimentar la cosa. La que jugaba conmigo era una mina que se parecía mucho a Verónica Lake, yo aprovechaba mis cartas para lanzarle un par de besos de dos y un ancho de basto que a veces ni tenía; para mi asombro, ella se reía y me hacía ojitos con sus faroles azules, el problema era la que estaba al lado, que no le gustó nada el jueguito, estaba medio mamada cabe aclarar, y casi me baja todos los dientes. Epa, calmesé, es un chiste entre nosotras, usté' no se meta, y seguíamos. Por allá en medio del campo,

iba un tero rengo —dije—, que a su paso decía “flor tengo”. Mierda carajo, la bestia estampó un vaso contra el piso y se me tiró encima. Le tengo que agradecer, la verdad, el susto que se pegó mi compañera hizo que me viniera a buscar minutos después para cuidarme un rato. Esas cosas hay que apreciarlas, no siempre suceden, así que la llevé para el mismo baño de antes. Al salir, la gorda Tota me miró y puso los dos deditos en alto, como indicando cómo iba el marcador. Y sí, quizás suene terrible pero nos gustaba ver a cuántas nos levantábamos cada una. Esa noche llegué a tres. La última ya no la recuerdo, se ve que ahí ya estaba medio inconsciente.

Hay que hacer algunas aclaraciones antes de continuar. Porque usted quizás escucha esto y piensa “Cachita, ¿cómo va a comportarse de esa forma? No es apropiado para una dama”, y usted tiene un poco de razón, ¿sabe? Pero también la gente hace muchas presunciones, espera que una sea de tal o cual forma y la verdad es que a veces a una le apetece salir un poco, divertirse. Así es como una puede terminar en una fiesta de este tipo, en las que la joda —como se dice, está un poco ahí: en agarrarse con alguien por los rincones, pelearse en otros, jugar a la canasta con un negroni en la mano y que un cigarro pasee por la boca de todas las asistentes hasta llegar a la tuya para desintegrarse en una última pitada. Yo hago lo que se me permite y lo que no, también. Pero a oscuras, y generalmente en el bulín.

Recapitulando, esa noche había sido bárbara, el único chasco fue haber terminado frita en el sillón, pero quién me quita lo bailado, ¿no cierto? Al día siguiente cuando llegué a casa, qué quilombo que se me armó, cuando pasé la entrada, la Emilia se me pegó como sabueso y me olfateó el pullover, me miró con el ceño fruncido y dijo “usted anduvo bebiendo”, “no, no” —siempre hay que negar todo, “sí, no me mienta, se lo siento en la ropa, usted

bebíó y también fumó”. ¡Pucha! Por qué no me tiré colonia en lo de Tota, mamerta que soy, “pero solo una copita”. “No me tomés el pelo, Cachita, que a vos te conozco todas las mañas. Seguro te fuiste a algún piringundín de esos que vas vos, y de paso te levantaste a todas las minas, atorrantas esas, ¿no? Te importo un bledo yo, lo nuestro”. “¡Eh! Sofrená, pará el carro, que acá nadie dijo eso”. “No hace falta que lo digas, ya no me mirás, ya no me tocás, venís y solo cumplís con tus deberes, ¿creés que no me doy cuenta? Cachita, a vos ya no te intereso, ya no me querés”. “Vení, sentate, Emilia, charlemoslo”. “No, ya es tarde, ya no se puede hacer nada” —y se puso a lagrimear. “Pero vos ya sabías cómo era la cosa, me conociste así”. “¿Qué iba a saber yo? Tonta que fui, creí que conmigo serías distinta, ya ni lo tratás de esconder”. De pronto alguien tocó la puerta. Emilia y yo nos miramos, fui a abrirla y ella se secó las lágrimas. “Hola, Aurelio, ¿cómo le va? Sí, mañana puedo, no hay problema, ¿a qué hora prefiere? Bárbaro, a las 8 en punto estoy en su casa, no se preocupe. Así que se va para Quequén, mire usté, nunca fui pero me han dicho que es muy lindo, mucho gringo por ahí, ¿verdad? Y sí, hay que reconocer que algunas cosas hacen bien, ¿Emilia? Sí, está acá, pase”. El tipo se acercó con timidez, ella estaba sonriente, como si nada hubiera pasado, y le hacía ojitos y él la piropeaba como si no estuviera casado, viejo sinvergüenza, pero era platudo y a mí las changas me venían como anillo al dedo. “Gracias, don Aurelio, vuelva pronto”. Cerré de un portazo. Emilia desapareció y volvió con un bolso, “me voy a lo de Alfonsina, llamame cuando sepas con quién querés estar realmente”. Y se fue.

No sé qué me pasó, pero me quedé muda, parada frente a la puerta recién cerrada. Al fin pude moverme para agarrarme un tinto que tenía empolvando en la esquina de la alacena, separado para tomar solo en ocasiones especiales. Qué decirles... Y sí, yo hice

todas esas cosas de las que me acusa, yo le fui infiel, la embauqué, hay que aceptarlo, sí, sí. Pero yo la quiero a la Emilia, hacemos muy buen equipo, ella lava, yo cocino, ella barre, yo paso el trapo, nos complementamos, funcionamos bien. El problema quizás es que ella es muy finoli, ¿me entiende? Y entonces yo ando por círculos que ella... no frecuenta ni pispea, más bien ni conoce, ni le interesan. Y una puede sentirse un poco sola, porque si la Emilia me dijera “Cachita, yo la quiero acompañar, llevemé”, entonces podríamos organizar y salir y disfrutar juntas con nuestra gente, pero ella prefiere tomar el té con las señoras paquis, no mezclarse con nosotros, comer masitas y hablar de buenos mozos con la alta sociedad. Y tampoco entiende que yo disfruto de salir, a mí me gusta el bochinche, ver mujeres de buena pinta, tener lindas charlas, tomar alguna bebida espirituosa y darnos unos besos. No es más que eso. Pero ella se cree que yo me voy a ir con alguna y no voy a volver más, vio cómo es. Qué ingenua mi Emilia, si cree que hay alguien que puede reemplazarla, que alguien puede ocupar el lugar que tiene en mi vida... Y ahora se me va, por estas aventuritas sin sentido. Aunque hay que admitir que me hacen muy bien. Si le tengo que ser sincera, muchas extrañas me han animado noches de angustia en las que la Emilia quizás ni se percató que yo estaba así, claro que no es su culpa, ella llega muy cansada del laburo, no es fácil, no. Pero antes quizás se acercaba, me saludaba con un beso, “hola, Cachita, ¿me extrañó?”, y yo le sonreía de oreja a oreja con la mesa llena de comidita caliente pa’ darle una buena bienvenida. Y ahora quizás ni me mira, tira por ahí su saco y me pone una mano en el hombro al pasar hacia el baño para lavarse las manos. “Yo la extrañé, Emilia, ¿justé?”.

No, no, no tiene sentido seguir pensando en esto. No hay que llorar sobre la leche derramada. Me voy a ir de farra a jugar un

poco y se me va a pasar. Si ella no quiere quedarse acá, no la puedo obligar, yo soy así, ella siempre lo supo. Agarro las llaves y me subo a la Morocha, la noche está en pañales, hay que salir a disfrutar. Las luces de los farolitos se reflejan en las gotitas que dejó la garúa que nos visitó durante el día. Qué lo parió, esta ciudad me tiene enamorada. Llego en poco tiempo a lo de la gorda Tota, qué personaje que es, casi como una hermana, la conozco de chiquita, del barrio, ahora se hizo la loca y se fue para el Norte, es la que siempre organiza las fiestas de nuestro ambiente, al principio éramos cinco, todas de por acá, después se fue corriendo la bola y llegaron más, “yo soy la amiga de Beatriz”, fenómeno, pase. Y así se fue sumando gente al baile, la teníamos a Noemí que nos preparaba unos tragos bárbaros y Vanesa algunos bocadillos como para no terminar borrachas al segundo vaso. Es lindo venir, sentirse como en casa, en otros lugares no es que una la pase mal, pero es distinto, ¿vivo? Hay cosas que no se pueden decir y ni hablar de la familia... Dentro de todo fui afortunada, sí, no saben la que se le armó a la gorda Tota en su casa, cuando tenía 15 años, la muy sinvergüenza justo se fue a agarrar a una compañerita en la escuela, casi la expulsan, zafó porque su padre es abogado. Sin embargo, el viejo le dijo “vos acá no volvés a traer a nadie y de ahora en más a estudiar y salir solo a ayudarme a mí”. La atorranta se escapaba de noche por la ventana, una cosa de locos, se cruzaba a mi casa y nos poníamos a jugar al chinchón. Qué lindos tiempos, pero qué duro, le dolía, ella hacía como que no pero sí. En fin, “¿cómo le va, Tota?” “¡Cachita!” Y un abrazo hermoso, de un reencuentro que nunca cesa de hacernos feliz. “Tráigame champán, hoy hay que festejar”. “¿Qué le pasa, Cachita? Usté no es de las burbujas”. “No, no, pero bueno... Hoy es una noche especial. Cachita está de nuevo disponible” —y levante mi copa. “Epa, cuentemé”. “No hay nada que hablar, Tota, ya

está, haceme un favor: riámonos como nunca”. Chin-chín. Y unos farolazos me miraron desde la otra punta de la habitación. Así que me empecé a arrimar.

La selva

Cecilia Sorrentino

Tengo seis años. Una tarde, mi mamá me dice que vamos a visitar a la tía Elsa. Que también va la tía Rosa. Elsa y Rosa son hermanas de mi papá.

Tomamos el té sentadas a la mesa del comedor diario. En el comedor de la tía Elsa siempre está la luz encendida, y las persianas cerradas, también las de la puerta que da al patio. Las persianas de toda la casa están cerradas. Mi mamá dice que las casas en las que no se abren las ventanas están sucias. Yo no veo sucio el comedor, lo veo lleno de cosas. Cosas del trabajo de mi tío, cajas apiladas, herramientas, rollos de papel, libros, revistas y diarios viejos; el tablero de mi primo que iba al secundario en una escuela técnica.

Tampoco está sucia la cocina, pero no tiene ventanas, quedó encerrada en medio de la casa.

Me gusta distraerme y volver a la conversación, a las voces de ellas.

Estarán hablando de algo que les preocupa porque la tía Rosa dice “qué cosa”, y se quedan un momento calladas, como si pasara un nubarrón, hasta que mi mamá le pide a la tía Elsa una receta de cocina.

También me gusta mirar como mueven las manos. La tía Rosa da unos golpecitos sobre la mesa con la yema de los dedos. La tía Elsa pone la mano de costado y hace como que pica ajo. Dobla y

desdobra la servilleta. Con un dedo aplasta una miga sobre el mantel y después la deja en un plato. La tía Elsa tiene manos contentas, como ella. Siempre encuentra algo que le hace gracia. Su carcajada es la más alegre de toda la familia. También me hace reír cuando juega a cambiarme el nombre: ¿y vos qué contás, Filomena?

Después de un rato me aburro. Quiero salir al patio a ver los pájaros. En el patio hay jaulas con canarios, jilgueros, cabecitas negras. El más lindo es el calafate. Mi primo me contó que apareció un día. Volaba entre el naranjo y las jaulas de los otros pájaros. Él armó una trampa con alpiste y la colgó cerca de los canarios, se escondió en el comedor y en seguida escuchó el golpe de la jaulita cerrándose. Después me explicó que es por eso que se dice “pisar el palito”.

El patio está lleno de macetas. Las más grandes tienen cuatro patas y están en línea junto a la pared. Las otras cuelgan de un gancho o de una rama del naranjo, al borde del jardín.

El jardín no es como el de mi casa, no tiene césped. Es una selva de plantas apretadas, se llaman filodendros. Tienen hojas enormes que crecen enredándose unas sobre otras, algunas son tan altas como el naranjo. Mi tío siempre dice que esas plantas valen mucho y que cuando las venda va a ser rico. También dice que cuando se haga una parrilla le va a poner bordes de oro.

Me gusta mirar esa selva cuando él no está. Me levanto de la mesa, abro una hoja de la persiana y salgo. No sabía que mi primo y sus amigos estaban ahí, no los escuché llegar. Quería estar sola en el patio y ahora me da vergüenza volver atrás. Son cuatro o cinco, están sentados en el piso. Deben tener 18 años, como él. Camino hacia el jardín por un costado, sin mirarlos, pero mi primo dice que quiere presentarme a sus amigos. Me agarra de la mano y me sienta sobre sus piernas estiradas, de frente al grupo. ¿Te da vergüenza?

Me arde la cara. No respondo. Él les dice cómo me llamo. Y que ya sé leer. Entonces dice que podríamos jugar a las adivinanzas. Que es divertido jugar a las adivinanzas. Los amigos se ríen. Él toma mi mano, la lleva hacia atrás, hacia mi espalda: tengo que adivinar qué toca mi mano. Pienso que tendré que acertar con el nombre de una hoja o una flor.

Pero no.

¿Viste qué suavcito?, dice. No quiero responder. Él insiste. ¿Qué es?

Es tu dedo, digo. No, no es mi dedo, mi dedo está acá, mirá. Se ríen más todavía.

Entonces, me pregunta si me gusta. ¿Te gusta? Y es como una explosión, como un golpe que me hace cerrar fuerte la mano. No puedo moverme pienso, justo cuando me suelto de un tirón. Mis piernas me levantan. Salgo del círculo. Un frío me empuja la espalda: cualquiera de ellos podría agarrarme, pero ya casi llego. Entro al comedor y cierro la persiana. Me agacho a hacer algo con una de mis sandalias, como si se hubiera desprendido. Respiro hondo. Después vuelvo a sentarme al lado de mi mamá. Me sueno la nariz para que no se note que tiemblo. Espero que ellas no me miren. Si la tía Rosa me mira, va a preguntar qué me pasa. Está cortando una porción finita de torta de manzanas. Conversan sobre algo que les da risa. No escucho lo que dicen. Un montón de abejas zumban en mi cabeza. El corazón me late fuerte. Me late también en la cabeza. Sé que estoy en el comedor con ellas, pero parece que sigo en el patio, mirando lo que pasó como si fueran fotos que corren, una atrás de otra, hasta donde estaba yo. Ahí hay una luz tan blanca que no veo nada.

¿Para qué se me ocurrió salir al patio? ¿Por qué no volví al comedor cuando vi que estaban ellos? Para que no pensarán que

me daba vergüenza, porque ya me habían visto. Pero ahora, esta vergüenza es peor, es más grande que todas las demás.

Pienso en mi papá. No tiene que saberlo mi papá.

La tía Elsa me pregunta si quiero torta de manzanas y le digo que sí.

Dice: tomá tesoro, me acerca el plato, y me da pena que esté contenta. Que se quieran tanto con mi papá. Me da pena mi papá. Es como si ellos fueran a romperse.

No tiene que saberlo nadie.

Mi primo entra al comedor y dice que va a comprar algo con los amigos, que enseguida vuelve. Me pregunta si está rica la torta de manzanas. Digo que sí con la cabeza. Es como si en vez de preguntar por la torta de manzanas me avisara que sabe que no voy a decir nada.

Cuando escucho que cierran la puerta de calle quiero que mi mamá diga bueno, vamos. Que lo diga pronto. Antes de que él vuelva. Y cuando al fin lo dice, y nos levantamos, tengo miedo de encontrarlo al salir.

A la noche, en la cama, quiero pensar en otra cosa, pero no puedo. ¿Qué voy a hacer cuando él venga a mi casa? ¿Y cuando volvamos a visitar a la tía Elsa? No tengo que quedarme sola con él. Pero voy a tener que darle un beso. ¿Cómo voy a darle un beso? ¿Cómo voy a hablarle?

Después, otro día, mi mamá tiene que ir al centro y me deja en casa de la tía Elsa. La tía me cuenta que hizo flan, con muchos agujeritos, como a mí me gusta. Le dice a mi mamá que no se preocupe por la hora y que cuando vuelva del centro no hace falta que venga a buscarme. Sonríe como si fuera a contarnos una travesura. Dice que a mi primo ya le dieron el registro. Y que seguro va a querer llevarme a casa en auto.

Necrológica

Victoria Ponce

El noticiero del mediodía termina con la muerte:

Falleció en Herrería Nueva, a los setenta y cinco años, Marlene Arroyo. Hogar de duelo: Belgrano 336. Sala velatoria: Necochea 890 Dto. "B". Exequias y ceremonial de CEAL Servicios Sociales.

La Negra lleva un registro diario, anota nombre y apellido del difunto, edad, dirección, teléfono. Tarde o temprano a todos los identifica, son viejos compañeros de escuela, vecinos, esposos de conocidas, primos de primos de esposos y hermanos o mujeres de sobrinos y tíos. En Herrería Nueva, de alguna u otra manera, todos se conocen.

La Negra comprueba día a día lo vieja que está y se dice "No queda nadie". El Negro la escucha, se lamenta también, sabe que su mujer no miente, poco a poco su generación desaparece.

—¿Quién anotará mi muerte? —se pregunta la Negra, y no es lo único que quiere saber. Muchas son las cosas que se le vienen a la cabeza, algunas se le escapan sin que haya podido terminar de formularlas. Se le aparecen como neblina, nubes, viento. Quiere manotearlas, a las cosas, a las ideas, pero apenas puede percibir las. Las canas que invaden su cabeza, trenzan años, recuerdos y deseos cumplidos u olvidados, escupen una vida de múltiples rajaduras pegadas con saliva.

Busca en su memoria, encuentra solo un Arroyo, pregunta:

—Che, Negro, ¿será la esposa de Oscar?

—¿Qué Oscar? —responde el hombre; no ha escuchado la ne-
crológica, piensa en sus quehaceres de la tarde.

—Oscar Arroyo, Negro, ¿no escuchás? —se enoja la mujer, no es
la primera vez que siente que habla con un muro.

—No, la mujer de Oscar murió hace años —afirma el hombre,
sosteniendo la conversación con un interés tan débil que parece
baba del diablo.

—¿Cuántos? —quiere saber la Negra.

—No sé, Negrita, fijate en tu cuaderno —contesta el hombre y
vuelve a sus pensamientos: por la tarde tiene que buscar el auto,
llevarlo al taller, atender pedidos y reclamos del hijo que, aunque
está grande, lo requiere como un niño. A él le parece una bendi-
ción que su hijo aún lo necesite.

La Negra busca el cuaderno, se pone los anteojos, da vueltas las
páginas lentamente, coloca la lengua sobre el labio superior, lee. A
los pocos minutos, levanta la mirada, comprueba que el hombre
aún está en su radio.

—Sí, tenés razón —dice— Murió hace dos años, se llamaba San-
dra. Pero... entonces esta mujer debe ser la hermana, él tenía una
hermana, ¿te acordás?

—Sí, trabajaba en el hospital —dice el Negro, con gran condes-
cendencia.

La Negra piensa que esa mujer se llamaba Margarita y no Mar-
lene, se lo dice al Negro, pero el Negro no recuerda nada en abso-
luto, no le importa.

—¿O será la otra, la más chica, que era maestra en el jardín de
Pablo? —insiste la mujer.

—No creo, esa chica era más joven.

Y la Negra se pregunta cómo puede ser, intenta recordar:

—Pero cómo, a ver, ¿quién vive por ahí? ¿Belgrano 336? Está la casa de Peralta, el médico, lo del Tochi, y sí, sí, por ahí vivía Oscar. Tiene que ser la hermana de Oscar, la otra, la que tenía mi edad más o menos.

—La hermana de Oscar, la que tenía tu edad, también murió Negrita, el año pasado, ¿no te acordás? —y de eso si se acuerda el Negro, ese mediodía fue fatal, la muerte de alguien de su exacta edad genera en la Negra ataques de ansiedad desesperada; pasa toda la tarde esperando la muerte.

—Ah, sí. Cómo pasa el tiempo, ¿ya hace un año?

—Y más o menos, sí.

—Pero, entonces, ¿esta mujer quién es? —desespera la Negra.

—¿Marlene Arroyo?, será pariente de Antonio, Antonio Arroyo —atina a decir el hombre, ya no sabe cómo salirse del embrollo, no quiere que su mujer desvaríe ante la ausencia de respuestas claras.

—No, Antonio estaba solito, no le quedaba nadie, pobre.

—Bueno. Voy a juntar la mesa, tengo que ir al taller —dice el Negro, escapando de lo que ya imagina:

—Negro, no puedo anotar a Marlene Arroyo si no sé quién es. ¿A qué hora volvés? —no puede dejarlo ir, tiene una incógnita que resolver y él, su esposo, es el único que puede ayudarla.

—En media hora, una hora, no sé, ¿por?

—Vamos a ir al velorio.

Una vez sola, en la gran cocina, la Negra camina. Recorre la mesada de la cocina, pone agua a calentar. De unos de los cajones de la alacena saca una libretita índice. Se sienta junto a la mesa de madera que está perpendicular a la pared, junto al teléfono. Busca, pasa las páginas, toma los anteojos. Ya no sabe si son los suyos o los del Negro, los usan de manera indistinta, como si los años hubieran igualado la miopía o el estigmatismo. Toma el tubo del

teléfono y marca. Del otro lado suena la voz de una mujer adulta que pregunta quién habla. La Negra contesta, y le recuerda a la mujer la necrológica del día. La mujer dice que no ha podido ver el noticiero y que tampoco sabe quién es Marlene Arroyo.

A las cinco de la tarde la Negra se viste de negro, se pinta las uñas, se maquilla, se perfuma. A las cinco y media se sienta en el sillón del living y espera que su marido termine de vestirse. El Negro no quiere ir, no le gustan los velorios, y menos si se trata del velorio de un desconocido, pero no puede contradecir a su mujer. Hace años que la Negra no se arregla ni se perfuma ni se maquilla, hace años que no quiere salir de la casa. Por lo tanto, esta buena señal, esta iniciativa, debe ser acompañada por él, aunque no la entienda, aunque le parezca extraña; no quiere contribuir ni un poquito al desbarajuste de aquello que da sentido a los días de la Negra, así que se viste de negro, se pone un sombrero y saca el auto.

Las pocas cuadras que recorren, están desoladas. Los comercios están cerrados, nadie pasea, nadie se asoma a los balcones. La Negra mira a través de la ventana, no tiene pensamientos, solo busca llegar y desvelar el misterio que se ha impuesto resolver, como si de eso dependiera su vida, o su cordura.

Llegan al velorio, en la puerta una mujer y un joven fuman en silencio. A la Negra el joven le parece conocido, cree haberlo visto alguna vez en la tele, o en el diario, no recuerda bien, el Negro tampoco, sin embrago intenta una aproximación:

—¿No es el chico de la biblioteca? —propone.

—No, no, creo que es el chico del museo, ¿es pintor este chico?

—No sé, Negrita —dice el hombre y la abraza, la ayuda a caminar.

La Negra se dirige al joven, quiere saber de una vez quién es Marlene Arroyo y, sobre todo, cómo puede ser que su memoria la

esté traicionando así, la abandone, la acobarde, la achique, la deje casi sin defensas, en la puerta de lo que ella teme sea demencia.

—¿Usted es el hijo? —pregunta.

—Sí —contesta el joven y deja que su boca expulse una nube de humo áspera y fugaz.

—Lo siento mucho, mi marido también —dice la Negra y mira al Negro.

—Gracias —dice el muchacho, con indiferencia. Después, voltea la cabeza y sigue mirando los ojos de la mujer que lo acompaña. El rostro deja ver las ojeras y el cansancio acumulado bajo los párpados, la decadencia de su cuerpo, flaco como si hubiera dejado de comer hace años, indica un profundo y verdadero hartazgo de vivir.

—¿Podemos entrar? —requiere la Negra.

—Sí, claro —dice el joven. No reconoce a la pareja, tampoco le importa saber quiénes son.

La Negra y el Negro entran en la sala velatoria. No hay nadie, solo se respira el vaho indescifrable que emanan los muertos. La Negra no puede evitar sentir cierto placer mientras camina hacia el féretro, hace muchos años que solo siente que está viva cuando presencia y atestigua la muerte de los otros.

—Pero, pero... es un hombre —se pasma la Negra y se acerca todo lo que le permite la cintura a mirar la cara del muerto, quiere comprobar lo que el rostro acaba de revelar: no es una mujer.

Corre la mortaja, toca el pecho, la ingle y el sexo del muerto.

—Es un hombre —afirma y el Negro teme, su mujer ha violado un límite muy serio, sin el menor pudor.

Marlene Arroyo escucha, sabe que su secreto ha quedado revelado por la muerte.

La Negra y el Negro salen de la sala velatoria; el joven y la mujer siguen en la misma posición, fumando, apoyados sobre el muro de la entrada. Cruzan un saludo cordial, y caminan en dirección al coche.

Cuando llegan a la casa, la Negra y el Negro se ponen a tomar mate.

—Si no sé quién es, no lo anoto, ¿para qué?

—No sé Negrita, como te parezca.

—Pero ¿cómo se vino a morir acá ese hombre?

—Qué importa Negrita, ya está, tomá, tomate otro mate.

La Negra chupa y busca el cuaderno.

—Yo lo anoto igual.

Marlene Arroyo, setenta y cinco años, travesti, origen desconocido.

Siente alivio: el muerto del día no es una mujer y es un poco, apenas un poco, más joven que ella.

Cuatro paredes

Paloma Sozzi

Recuerdo mirarme en el espejo que estaba colgado sobre la pileta del baño y ver mi rostro magullado. Sentir la inflamación de mis párpados con la yema de los dedos, recorrer los puntos que tenía sobre la nariz. Los tonos violáceos, rojos y amarillos se entremezclaban con zonas verdes que correspondían a golpes viejos. Un verdadero desastre. Tan irreconocible como ese espacio nuevo que nos habían dado para vivir. Era veinticuatro de diciembre y esas cuatro paredes descascaradas y cubiertas de moho y humedad habían sido un regalo y “a caballo regalado no se le miran los dientes”, pensé al atravesar esa puerta de calle y cruzar el pasillo de baldosas rotas y plantas secas. Lucas miraba todo con curiosidad y, de vez en cuando, hacía una pregunta que me costaba mucho trabajo responder. Era bastante lejos de la que había sido nuestra casa, y tal vez por ese motivo, era seguro.

La primera noche dormimos juntos, él abrazado a mi panza. Me hacía caricias y yo miraba el techo de la habitación. Colgaba de un cable una lamparita que titilaba, la habíamos dejado prendida porque no teníamos velador, ni mesa de luz para el caso. Las ventanas estaban abiertas porque hacía mucho calor, y yo no podía dormir por el zumbido ocasional de los mosquitos. Quería estar atenta a que no lo piquen. No quería que nada ni nadie nos volviera a lastimar.

Fueron los médicos los que llamaron a la policía. Yo estaba en *shock*. Es verdad que había pensado en irme muchas veces, pero siempre había algo que me hacía permanecer inmóvil. Las amenazas de sacarme a Lucas me aterrorizaban. Me sentía atrapada y débil, y con un bebé en camino que necesitaba crecer en una familia “normal”. La psicóloga me dijo que eso no era “normal”, por más que yo lo hubiera normalizado.

A la mañana me levanté en silencio. Lucas dormía hecho una bolita, había refrescado así que lo tapé y cerré los postigos. Las manos me quedaron sucias de mugre, o grasa, así que fui a la cocina a lavarme. Lloré un buen rato a la par de la canilla que goteaba. No sabía si era alivio, o miedo, o todo junto lo que sentía. Julia pateaba en la panza, yo tenía hambre y la heladera hacía un ruido infernal. Los asistentes sociales habían dejado leche, pan, mate cocido, y otros alimentos y productos de limpieza. Puse el agua a hervir, la cocina era vieja pero andaba y había un par de tazas en la alacena.

Mientras desayunaba sentí un olor fuerte que venía del bajo mesada. La madera estaba podrida. Habría tiempo para repararla, me dije, igual que el piso de madera, igual que mi cuerpo lastimado y cansado. Tenía potencial, tenía vida en mi interior. Solo necesitaba espacio y tiempo.

La primera semana buscamos un colegio del barrio para que Lucas no perdiera el año. Él quería ver a sus amigos, pero era muy riesgoso permanecer en contacto. No me reclamaba, no parecía enojado, pero estaba triste. Cada noche en la cena nos mirábamos comer en silencio. A veces jugábamos con el mantel de plástico a recorrer las flores con la punta de los dedos hasta encontrarnos las manos, otras escuchábamos la radio. Cuando tuvimos televisión comíamos mirando los dibujitos en el sillón del living. Los dos llorábamos, pero no a la vez, y nos consolábamos el uno al

otro. Y mientras tanto Julia crecía en la panza, y mis moretones se curaban. Día a día fue delineándose una cicatriz transversal en mi nariz.

Compramos una cuna con el dinero de mi primer sueldo. Lucas pasó de grado. Entré en el último trimestre de embarazo y pedí que me dejaran seguir yendo hasta que naciera la bebé y prometí volver apenas cumpliera el mes. Me dijeron que me tome el tiempo que necesite, que tenía el puesto asegurado. Las paredes recién pintadas iluminaron la habitación. Elegimos una para hacer un mural del mar. Las vacaciones eran el único recuerdo feliz del último año y lo llevamos con nosotros, antes de que todo en casa se volviera oscuro. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? Cada vez se disculpaba, y cada vez volvía a creer que cambiaría. Con el embarazo se puso peor, y no le alcanzaba con desquitarse conmigo.

A menudo sentía culpa. Culpa de haberme ido, culpa de haberme quedado. Por no resistir, por resistir demasiado. Comencé a asistir a un grupo. Las mujeres eran muy buenas, me hacían sentir mejor, no me culpaban. En mi cumpleaños hicieron una vaquita y me regalaron un celular.

Comencé a adornar las paredes con nuestras fotos, con nuevos recuerdos. Tejé escarpines y un *sweater* para Lucas. También hice un camino para la mesa ratona que pusimos en el comedor y puse plantas en la ventana y el pasillo.

Con la llegada de Julia llegó el otoño, que pintó el pasillo de amarillo. Lucas dejó la habitación para dormir más tranquilo en el living. Ya no tenía miedo, y tenía mesa de luz. En invierno las estufas hacían bien su trabajo y disfrutábamos juegos de mesa o películas mientras la bebé tomaba teta y sonreía feliz. También yo comencé a sonreír, y Lucas se animó a invitar amigos a tomar la merienda.

Me aumentaron el sueldo y decidí cambiar el mueble de la cocina. Puse lámparas en los techos y una lámpara de pie en un rincón. Enceré los pisos, reparé los huecos y busqué una abogada para iniciar el divorcio.

Hoy vuelve a ser veinticuatro de diciembre y pasaremos la primera navidad los tres juntos. El arbolito adorna el rincón del living y el aire se llena de ilusión. Hace un año nos vinimos aquí con lo puesto y hoy estas cuatro paredes son, al fin, nuestro hogar.

Persecución

Cala Simón

Te acercás a la barra para pedir un trago. El *barman* te guiña un ojo mientras lo prepara. Estás contenta de estar ahí. Te reconforta el vaso helado en tus manos y la bebida fría en tus labios.

Te das cuenta de que hay demasiado humo de cigarrillo adentro del boliche. No podés ver bien. Buscás a tus amigos, pensás que tienen que estar cerca. No los ves donde los dejaste, supones que se fueron a bailar a la otra pista. Te arrepentís de haberte separado para ir a tomar algo. Una mano te toca el hombro desnudo. Te acomodás el bretel del vestido y girás rápido. Es Martín, quiere bailar con vos, le decís que sí pero solo pasan unos pocos minutos y ya querés dejarlo. Mirás para todos lados a ver si encontrás a tus amigos, deseás que te saquen de encima a este pesado. Cada vez que volvés al pueblo no te queda otra que cruzarte con alguno de estos. De repente la ves a Lucrecia. Le hacés una seña con la mano y por suerte viene a rescatarte. Era como pensabas: estaban en la otra pista y te andaban buscando. Ahora estás mejor. Bailan todos en ronda. Se abrazan, se agarran de las manos, se sacan fotos y se comparten los tragos.

Mirás el reloj, ya son las cinco de la mañana y tenés que irte. En unas horas vas a tomarte el micro para volver a tu nueva ciudad. Esa ciudad que elegiste para empezar a estudiar. Te das cuenta de

que si no te vas ahora no te vas a levantar. Creés que quizá fue una mala idea esto de venir a bailar.

Le avisás al resto, pero apenas te escuchan. Siguen bailando como si eso fuese lo único importante esa noche. Solo Lucrecia logra escucharte y te pregunta si necesitás que te acompañe. Dudás, pero le decís que no, que no hace falta.

Te tambaleás un poco cuando vas a buscar tu abrigo al guardarropas. No estás acostumbrada a tomar tanto. A la salida le hacés una seña al de seguridad para que te abra la puerta, te sonríe y te deja pasar.

Una vez afuera notás las miradas encima tuyo de los hombres que están fumando en la puerta. Te incomoda así que acelerás el paso y te apurás. Hace frío, abrazás el tapado que tenés puesto intentando abrigarte un poco más. Por suerte son pocas cuadras para llegar a la casa de tu abuela. No te acordás si tres o cuatro. Estás cerca por eso caminás. No hay nadie, a esa hora el pueblo está totalmente dormido. De a poco vas escuchando menos el ruido de la música que dejaste atrás. Sentís que los tacos te traicionan, te cuesta un poco caminar derecha. Ahora si estás segura de que tomaste demasiado. Empezás a darte cuenta de la mala decisión de haberte ido sola.

Pensás que deberías haberle pedido a tu abuela que te despierte en unas horas, pero como te olvidaste ahora ya no podés hacer nada. Te acordás que el micro sale a las diez así que al menos vas a tener algunas horas de sueño.

Escuchás solo tus pasos sobre la vereda. En tu cabeza ronda la sensación de alerta de que no haya nadie. Ahora todo te parece un poco más oscuro, aunque falten pocas horas para el amanecer. Algo te dice que no deberías haber caminado, te invade la sensación de que el peligro puede estar en cualquier lado.

Un auto dobla en la esquina que está atrás tuyo y escuchás como la calle empedrada resuena por las ruedas del vehículo. Pensás por un segundo que no va a pasar nada, pero después te das cuenta de que estás atrapada. Te das vuelta y lo ves, un hombre que te mira desde adentro mientras baja la ventanilla. Caminás más rápido, pero sabés que es tarde. Un millón de imágenes se te cruzan por la cabeza. Sentís que el miedo nunca fue tan verdadero. Los latidos de tu corazón se aceleran. Estás segura de que no es de acá, es de otro lado. Te grita algo, pero no querés escuchar. Te falta una cuadra, pero es como si ya supieras que va a ser imposible llegar. El auto frena y el ruido de que se abre una puerta te alerta aún más. No podés mirar. Te sacás rápido los zapatos para no caer y empezás a correr. Mientras, intentás buscar las llaves en la cartera. El farol de la esquina ilumina toda la vereda y ahora ves que la sombra se aleja. Solo pensás que no querés estar muerta.

Lo de Doña Elvira

Tao-Lao (Nicolás Bottino)

El auto de Marisa, un viejo Ford Ka negro modelo 98, estacionó frente a la casa de los rosales amarillos. No era época de floración, pero en el pueblo todos la conocían así. Antes de bajar, Marisa tomó aire, lo aguantó unos segundos, luego lo soltó por la boca muy lentamente y abrió la puerta. El viento frío le hizo cerrar los ojos.

En el silencio de la cuadra escuchó que alguien frenaba y a continuación un motor se apagaba. Se asomó a la ventana y apenas corrió la cortina para no delatarse. Adentro estaba tan oscuro como afuera. Un auto lleno de polvo y con barro en las ruedas estacionó frente a la casa de Doña Elvira. Seguro venía de la Capital, pensó.

Al bajar, agarró un bolso de mano y una bolsa de supermercado. Frente a ella tenía la casa de su madre que no pisaba desde que se fue a estudiar a la Ciudad de Buenos Aires. Los rosales se habían deformado y eran pura hoja, hacía tiempo que nadie los mantenía. Buscó en su cartera las llaves y empezó a caminar hacia la puerta. En la calle no había nadie a esa hora de la noche, los vecinos ya estaban en sus casas calientes por las chimeneas.

Desde la ventana, y en penumbras, no reconoció a la persona que estaba entrando a lo de Doña Elvira, quien, a juzgar por el bolso que llevaba en su mano, se quedaría unos días. La mala iluminación de las calles del pueblo, el largo pelo negro que llevaba la

mujer y no tener los anteojos puestos, no le permitieron identificar la persona que estaba entrando en lo de su vecina.

La casa estaba sucia, como era de esperar, debido al tiempo que no estuvo habitada. Al prender la luz, todo estaba distribuido de la misma forma que recordaba. Una película de polvo cubría cada uno de los muebles a los que Marisa pasaba su mano. Los sillones y colchones estaban cubiertos por sábanas que Don Quique había encontrado en los armarios después que Doña Elvira se fue para la capital a internarse.

Se prometió ordenar y limpiar al otro día, en ese momento el viaje y los portarretratos sobre el modular la dejaron sin ánimos. Solo enchufó la heladera y le pasó un trapo a la mesa para comer el fiambre que trajo en figazas de manteca. Sacó las sábanas del bolso, las estiró sobre el colchón y se acostó. No se animó a dormir en su cuarto de la infancia, ni en el de su mamá.

Llamó a su hijo para avisarle que una mujer había entrado a la casa de en frente. La voz se le entrecortaba y se escuchaba agitada, desde que murió Doña Elvira nadie entraba. Mamá, tranquila, es tarde. Acostate y mañana vemos, le respondió. Mañana vemos, repitió y colgó.

Cuando Marisa se despertó, le costó ubicarse en tiempo y espacio. Cuando se sentó en el sillón, sintió un fuerte dolor de cabeza. Hacía rato que no le daba ese tipo de puntadas agudas en el medio de la cabeza. Buscó, entre sus cosas, alguna pastilla para la migraña, pero no tenía nada.

Decidió vestirse y salir a buscar una farmacia por el pueblo. Recordaba que en la esquina de lo de Chela había una y fue caminando hacia allá. De paso, recorrió un poco aquellas calles que la vieron crecer y hacía tiempo no camina. Todo permanecía extrañamente igual, los mismos árboles, los mismos diseños en las

veredas, las mismas casas. Todas más viejas, salvo algunas rejuvenecidas por aquellos que decidieron migrar al interior, supuso.

La vio salir de la casa para el lado de la plaza principal. Vio que tenía puesto un tapado negro con el cuello levantado y unos anteojos de sol que le tapaban la cara. Caminaba con las manos dentro de los bolsillos delanteros de su abrigo. El reflejo del sol que daba a su ventana no le permitía distinguir aún quien era esa intrusa que se había metido tarde en la noche en una casa abandonada. Decidió llamar de nuevo a su hijo.

En la farmacia había dos personas esperando a ser atendidas. Cuando entró, Marisa dijo buenos días, las cabezas giraron para ver quién era y se hizo un silencio abrupto, nadie respondió. Las miradas de quienes esperaban, y de la mujer que atendía, se posaron sobre ella que quedó al lado de la puerta con sus anteojos negros puestos.

A medida que las clientas iban saliendo una a una, le dedicaban un último vistazo de arriba abajo a Marisa. Ella, con sus brazos cruzados, esperaba su turno para ser atendida.

Cuando llegó su momento, se acercó al mostrador y apoyó sus manos húmedas sobre el vidrio:

—Buen día, necesito algo para el dolor de cabeza, por favor. Migraña —y llevó su mano derecha hacia la sien.

Con los ojos achinados y clavados en su clienta, le entregó una caja de pastillas.

—Sale 19,50 el blíster.

Marisa saca un billete de cincuenta y lo deslizó por el vidrio. La chica de la farmacia le entregó su vuelto pero mantenía sus ojos achinados, como haciendo fuerza. Cada tanto hacía una mueca con sus labios hasta que no se aguantó:

—Te veo cara conocida, ¿sos de acá?

—Hace rato dejé de serlo

Y salió.

Acaba de volver, la vi entrar de nuevo, le decía por teléfono a su hijo mientras corría la cortina para seguir espiando. El día estaba frío pero el sol sin nubes calentaba la mano que se agarraba la tela que colgaba del barral de la ventana. Terminó una cosa y voy, mamá. Dejó de chusmear, le recomendó su hijo.

Marisa estaba limpiando la cocina cuando escuchó que alguien aplaudía frente a su casa. Decidió ignorarlo, no esperaba visitas y no quería que nadie la molestara. Quería terminar pronto y volver al lugar donde pertenecía, su casa con sus cosas. Los aplausos, luego de algunos minutos, se transformaron en golpes en la puerta seguido de un hola ¿hay alguien? Con el delantal y los guantes de latex puestos fue a ver de quien se trataba. Al abrir la puerta vio a un hombre de su misma edad, quizás, ella los llevaba mejor. Al ver su cara, sonrió.

—¡Buen día! Vi movimiento y pasé a ver, no vemos a nadie por acá últimamente.

El hombre se quedó mirándola mientras esperaba una respuesta. Se detuvo en esa sonrisa que le sonaba familiar.

—Vine a acomodar un poco la casa antes de venderla —respondió aún con su mano apoyada en el picaporte de la puerta.

La cara de su visita se transformó y en su mirada la sorpresa iba en aumento.

—¿Héctor? —dijo rápidamente.

—No, Marisa —y extendió su brazo derecho para estrecharla a modo de saludo.

La cortina de la casa de enfrente estaba totalmente corrida hacia un costado y desde allí veía a su hijo inspeccionando a la intrusa

que estaba en lo de Doña Elvira. El sol ya no tapaba su visión y por fin iba a saber de quién se trataba para alertar a sus demás vecinas.

Vio como ella le sonreía a su hijo y algo en ese gesto la tranquilizaba. Vio la mano de su hijo estrecharse con la de ella y vio la puerta cerrarse tras de ellos.

La deuda

Artemisa (Mónica Alicia Spesso)

Quedaron con Doña Carmela en que a las once y media iba para su casa al otro lado del pueblo. Después de cenar y lavar los platos, Miriam agarró el bolso y, como al pasar, le dijo a Roberto que iba a cuidar a su madre y no sabía a qué hora volvía. Antes de que él reaccionara —a esa hora miraba absorto “Las gatitas de Porcel”— ella ya estaba afuera echando llave a la puerta.

Noche de por medio, Miriam iba a cuidar a su madre postrada. Caminó intranquila, como si alguien la siguiera, con pasos cortos y ajustados; trató de apurarse, pero las piernas no le respondían. Le saltaban las lágrimas por el frío, metió las manos en los bolsillos de la campera negra. Ahí tenía el dinero que había podido juntar: un rollito de papeles que apretó con fe. Pedir plata prestada implicaría inventar una historia, y no tenía ganas de mentir. Debajo de la almohada, su mamá guardaba con celo el dinero de su magra jubilación, envuelto en un nilon que crujía con claridad delatora en medio de la noche. La madre tomaba somníferos, aun así se despertaba cada tanto. Una noche, Miriam le dio una dosis doble. La madre roncaba con la boca sin dentadura, como la entrada a una cueva macabra, se ahogaba y arrancaba otra vez con una respiración arrítmica. Miriam le acomodó el nilon que recubría el colchón, y con sigilo sacó la bolsa con el dinero de debajo de las almohadas. La madre dejó de respirar unos segundos —a Miriam

le pareció un siglo— y volvió a inspirar con ese ronquido que a ella le daba tanto miedo. Pensó que ya se cortaba. Deseaba que se muriera, pero no con ella presente. En el baño, contó cuánto quedaba para terminar el mes y sacó unos pesos. Era mucho menos de lo que necesitaba. Le daría apuro decirle a Doña Carmela que era todo lo que había conseguido, pero algo inventaría.

Las lamparitas de las esquinas proyectaban las sombras de los árboles. En las calles enarenadas, vacías y amenazadoras, se escuchaba el crujir de sus botas tejanas. Temía descomponerse por los nervios y la angustia. Respiró hondo, el aire helado le cortó el pecho. Se apuró cuando pasó al frente de un bar donde tres hombres jugaban a las cartas envueltos en el humo de los cigarrillos y las luces mortecinas. Agitada, tropezó con sus propias piernas y cayó sobre la arena rasposa. Las manos y las rodillas le ardieron, se sacudió mientras miraba si alguien se asomaba por las ventanas. Un perro ladró a lo lejos. Recordó esa vez que un primo le puso la traba: aterrizó en la explanada de la estación de servicio. Las costras no le dejaron doblar las piernas por siete días. Cuando su mamá la encontró en la vereda, sucia y llorando, le cruzó una cachetada, la arrastró de un brazo hasta la casa, y la metió en la ducha fría.

—¡Sos una bestia, qué tenés que andar jugando con tu primo! Eso te pasa por ser marimacho, mocosa de porquería. Siempre trayendo problemas. No me dejás en paz.

La palabra marimacho acompañó a Miriam durante su infancia, sin saber lo que significaba. Solo se la había escuchado pronunciar a su madre cuando la retaba por jugar al fútbol con los chicos, o cuando les contaba a sus amigas que Miriam había vuelto de la peluquería con el cabello bien corto, a lo marimacho —como lo usaba ahora— o cuando no quería ponerse los vestidos con puntillas que ella le cosía.

Una tarde, la encontró en el dormitorio delante del espejo vestida con los pantalones y la camisa del hermano. La agarró y de un tirón, hizo saltar los botones que rodaron por el piso, la empujó sobre la cama y le arrancó los pantalones que volaron por el aire. Marimacho, marimacho, marimacho. Miriam, asustada, atinó a taparse las pequeñas tetas, y se hizo pis. La madre la miró desconcertada, salió enfurecida dando un portazo. Al minuto volvió vociferando:

—¡Yo no quería que nacieras, no quería! ¡Salté mil veces cuando nadie me veía, salté de cualquier parte, de la mesa de la cocina, de la mesada del asador del patio, hasta intenté tirarme de la tapia para ver si te perdía! ¡Y no, la muy machona estaba ahí agarrada, para joderme la vida! ¡A los otros me los sacaron, pero a vos no, a vos te dejaron para arruinarme la vida, tenías que nacer, y mari-macho encima!

Escuchó un auto. Apuró el paso y se escondió en la oscuridad de un negocio. Era un Peugeot 504 amarillo, como el de su esposo. El coche se acercó al cordón, pegó el volantazo y se alejó haciendo chillar los neumáticos. Se escuchó la risa de unos chicos. A pesar de los vidrios empañados, Miriam reconoció a una parejita. Esperó que se alejaran y siguió caminando. Sintió que algo tibio le corría entre las piernas. Quizás era el efecto del té de artemisa. Esa mañana se levantó a las seis, puso una olla grande al fuego y cuando estuvo por hervir, le echó la bolsa de yuyos que le había recomendado una amiga. Tomó dos tazas cada quince minutos, hasta terminar los cuatro litros. Se pasó la mano por la entrepierna y vio que era sangre. Sacó un pañuelo del bolso, y sin desabrochar el jean, se lo puso en la bombacha.

Tenía que cruzar la ruta. Venía un camión. Por un segundo, sintió que era capaz de acostarse cruzada en el pavimento, cerrar

los ojos y dejar que las ruedas la trituraran. El camionero hizo sonar la bocina que vibró ensordecedora en los oídos de Miriam. Se imaginó que toda la gente del pueblo llegaría en camisón y pijamas a curiosear, que de un momento a otro aparecería Roberto en su bata azul que no le cubría la panza, y las chinelas de cuero marrón, corriendo con dificultad, balanceándose de un lado al otro, llamándola desesperado, sacudiendo los brazos.

—Miriam, Miriam, ¿qué hacés? Todo el pueblo está hablando de vos, ¿querés irte con un camionero? ¿Qué te pasa, Miriam?
—Roberto jamás acertó a preguntar lo que tenía que preguntar, lo que Miriam quería responder. Y ella le diría:

—¡No, dejame en paz! ¡Quiero que el camión me parta en mil pedazos así nadie se entera de nada, se olvidan de mí, así desaparezco!

Seguía perdiendo sangre. Llegó a la casa de doña Carmela. Tocó la puerta apenas. Nadie abrió. Volvió a tocar más fuerte. Una mujer enjuta apareció por el costado de la casa, apoyada sobre un bastón, vestida de negro, con largo cabello encanecido.

—Llegás tarde —le reprochó.

—Sí, doña Carmela, lo que pasa es que tuve un percance. Además antes pasé por la casa de mi madre.

—Ah, tu madre...

—¿La conoce?

La Doña no respondió.

—¿Estás preparada?

Miriam asintió varias veces con la cabeza, mirando al suelo.

—Trajiste el dinero, supongo.

—Bueno... No..., bueno..., traje un poco menos de lo que me pidió.

—Entonces vení cuando tengas toda la plata.

Miriam la miró asustada, y casi le imploró:

—Lo que pasa es que ya pasaron dos meses y medio, además vengo perdiendo sangre. En unos días le pido el dinero a mi madre y le termino de pagar.

—Tu madre...

—¿La conoce? —volvió a preguntar.

Doña Carmela clavó el bastón al frente y se apoyó con las dos manos. La miró directo a los ojos desorbitados de Miriam.

—Ella vino varias veces y siempre me dejaba una deuda, como vos ahora que me querés pagar una parte. Se le acumularon varios restos, y nunca me pagó.

Miriam estaba confundida, iba a vomitar. Cruzó los brazos sobre el estómago, y esperó expectante a que la mujer siguiera hablando.

—Hasta que un día no la atendí. Se volvió como vino, y nunca más la ví.

Tan cerca del comedor diario

Chantal Paz (María Marchese)

Indalecia se palpó con los dedos la zona lumbar, y masajé con movimientos lentos y circulares el punto doloroso. Pero no hubo caso, la espalda le pasaba factura luego de cinco horas ininterrumpidas sentada en la misma posición haciendo *zapping* entre todos los noticieros de la tarde para no perderse ni un solo comentario de los cronistas de policiales que cubrían la desaparición de Natalia, una adolescente de 17 años que se había esfumado de la faz de la tierra hacía una semana.

La última vez que a Indalecia le había pasado algo así fue con el caso Ángeles Rawson. No había podido apartar los ojos del televisor, desde que apareció el cadáver de la pobre chica en un predio del Ceamse, hasta que detuvieron al encargado del edificio donde vivía. Esa vez, Indalecia tuvo que someterse durante dos meses a tratamiento kinesiológico para aflojar la contractura lumbar que le dejó como secuela la maratón de noticieros. Lo mismo le había pasado con el caso García Belsunce, la mujer que mataron en el *country*, y con Nora Dalmasso, la que ahorcaron con el cinturón de su bata en Córdoba. Y muchos años antes con el caso Soledad, la chica asesinada en Catamarca; esa vez, su obsesión llegó a tal punto que inventó una gripe para no ir a dar clase al colegio durante la semana en que se realizó el juicio oral a los acusados, que siguió desde su casa sin perderse un solo testimonio.

Y ahora, iba camino a lo mismo, pero peor, porque Natalia, al igual que Indalecia, vivía en Ramos Mejía. O sea que el escenario de la investigación se desplegaba a diez cuadras a la redonda de su casa, tan cerca su comedor diario donde ella pasaba sus horas sentada frente a la televisión, que transmitía el caso en cadena nacional.

A veces fantaseaba con ser panelista de alguno de esos programas. Opinar sobre los acusados, sobre la víctima, sobre el móvil del secuestro. Pelearse en cámara con algún perito forense o, mejor aún, con algún psicólogo. Pero con sus 75 años, ella, Indalecia, jubilada docente, sabía que no resultaba atractiva para las cámaras. Con su batón floreado, sus chinelas de *plush* color rosa chicle, y su pañuelito a lunares anudado al cuello para protegerse la garganta, mal podría lucirse bajo las luces de un estudio televisivo.

Seguía masajeándose la espalda cuando Ducke le apoyó las patas delanteras en la falda, moviendo la cola y mirándola con desesperación. Pobrecito, hacía al menos una hora que tendría que haberlo sacado a la calle a hacer sus necesidades. Con esfuerzo se puso de pie, apagó el televisor y fue a buscar la correa.

* * *

Natalia desapareció el miércoles 14 de junio a la tarde. Había sido vista por última vez a la salida del colegio. A partir de ese momento, se perdió su rastro. Cursaba el último año del secundario del colegio Nuestra Señora del Carmen de Ramos Mejía. Los canales de televisión mostraban durante todo el día la misma foto: Natalia sonriendo junto a sus compañeras de curso, vistiendo el uniforme escolar: una pollera escocesa verde, corbata de la misma tela, y una camisa blanca impoluta. Su cabello rubio y largo enmarcaba un

rostro angelical, casi aniñado; los inmensos ojos azules, las cejas tupidas y la sonrisa luminosa transmitían una alegría muy alejada del drama que se desencadenó apenas unos días después de tomada esa foto.

Era evidente el parecido con su madre, quien desde la desaparición transitaba con esa misma foto por los canales de televisión, llorando ante los micrófonos. La imagen de la adolescente con el uniforme verde escocés y el cabello rubio recorría el país.

En realidad, Natalia habría pasado a engrosar la larga lista de jóvenes anónimas que desaparecen a diario, de no ser por algunos aspectos de su vida privada que, cuando salieron a la luz, convirtieron su desaparición en el caso del momento.

Al principio, los investigadores interrogaron a fondo a los padres, que solo aportaron datos poco relevantes para esclarecer el caso. Tan pronto los policías detectaron que el matrimonio ignoraba todo lo referido a la vida íntima de la hija, apuntaron a su círculo de amistades. Y así fue como descubrieron que la joven había iniciado, hacía varios meses, una relación clandestina con Julián, el padre de una compañera de colegio, un hombre de 43 años hasta ese momento felizmente casado, intachable padre de cuatro hijos. Ambos habían sido vistos hablando acaloradamente —discutiendo, decían algunos testigos— a la salida del colegio justo antes que Natalia desapareciera. Según las amigas, ella estaba muy enamorada, quería gritarle su amor a los cuatro vientos y que él dejara a la mujer. Julián en cambio, quería vivir esa aventura en silencio, y entraba en pánico de solo pensar que su esposa pudiera descubrirlos. Un verdadero cliché del triángulo amoroso, nada nuevo bajo el sol. Pero la desaparición de la adolescente lo convertía en un sabroso culebrón, mucho más atractivo para el público que si la hubiera secuestrado una red de trata.

A partir del momento en que salió a la luz el romance prohibido, la investigación dio un vuelco y Ramos Mejía se convirtió en la meca del espectáculo, con guardias periodísticas en la casa de la víctima y en la del padre de familia adúltero y pedófilo, quien pasó a ser señalado como el principal sospechoso por parte de los medios de comunicación, pese a que la justicia consideraba que no tenía pruebas suficientes para detenerlo.

Las tranquilas calles de Ramos Mejía fueron invadidas por policías que las recorrían buscando la más mínima pista que les permitiera encontrar a Natalia, a lo que se sumaba una multitud de movileros, camarógrafos y curiosos. Una bella adolescente desaparecida en medio de un triángulo amoroso con ribetes perversos constituía un combo explosivo. Y si la adolescente era muy rubia como en el caso de Natalia, mejor.

Ya nadie quería que le hablaran de política o economía. La gente solo quería escuchar hablar de Natalia. Los medios lo sabían, y le daban al público lo que pedía. Su crueldad no reconocía límites: había aparecido una foto de la esposa de Julián, mujer poco agradada si las hay, quien para su mayor desgracia, era catequista del mismo colegio al que concurría Natalia. Sus respectivas imágenes habían empezado a circular juntas: un desalmado contrapunto entre las rígidas facciones de la señora y la fresca de la adolescente.

Tampoco tardó en aparecer una foto de Julián, que en el imaginario popular masculino pasó de opaco oficinista a *rockstar* en cuestión de segundos.

Cuando se dirigía con Ducke hacia la puerta, Indalecia se dio cuenta de que iba en pantuflas. Regresó al comedor diario y encendió nuevamente el televisor: no quería perderse nada mientras se cambiaba el calzado. Escuchó que en el noticiero anunciaban para después de la tanda, la presencia de un testigo sorpresa, alguien que conocía muy bien a Natalia y que brindaría detalles hasta ahora desconocidos de su relación prohibida con Julián.

Mientras se ajustaba las alpargatas, Indalecia calculó que la tanda duraría unos diez minutos, o sea que si Ducke se apuraba a hacer sus cosas, podía volver a tiempo para escuchar al misterioso testigo. Como no usaba reloj, decidió llevar el celular.

Tomó la correa, la enganchó al collar, y salió con Ducke a dar el paseo de la noche. Como de costumbre, el perro olfateó el primer árbol ubicado justo frente a la casa, levantó la pata trasera derecha y orinó sobre él largamente. Ya aliviado, continuaron la lenta caminata. Indalecia miraba a cada rato la hora, ansiosa por regresar antes que terminara la bendita propaganda.

De repente, Ducke empezó a ladrar desesperado, tirando de la correa hacia adelante. A Indalecia la tomó por sorpresa. Ese perro normalmente tan tranquilo había enloquecido y tironeaba con tanta fuerza que rompió el gancho del collar; ya suelto se dirigió a grandes zancadas y moviendo la cola hacia un terreno baldío ubicado en la esquina, mientras Indalecia lo llamaba a los gritos con la correa en la mano.

—¡¡¡¡Ducke!!!! ¡¡¡¡Vení para acá Ducke!!!! —se desgañitaba, mientras corría tras él todo lo rápido que las lumbares doloridas le permitían.

Agitada y chancleteando las alpargatas, llegó hasta terreno baldío, donde alcanzó a ver la cola marrón del perro desaparecer bajo una montaña de basura. Miró la hora en la pantalla del celular y comprendió con amargura que se perdería el reportaje al testigo sorpresa.

Se adentró en la oscuridad guiada por los jadeos de Ducke. Pisó pedazos de vidrios, cascotes, papel de diario, bolsas y pasto crecido. Un rancio olor a podrido le invadió la nariz provocándole náuseas.

De pronto sintió que algo se le enroscaba en la pierna derecha. Empezó a patear al aire, desesperada, hasta que se dio cuenta de que era la correa de Ducke que arrastró por el piso varios metros mientras lo perseguía y que había terminado abrazada a su pantorrilla.

La desenredó y siguió caminando con mucha precaución, hasta que le pareció sentir un ruido. Se detuvo y escuchó. Encendió la linterna del celular y prosiguió avanzando con cautela, hasta que a unos metros divisó la cola de Ducke tras una montaña de escombros. Cuando llegó a su lado, vio que el perro cavaba un pozo con tanto frenesí que ni advirtió su presencia. Se quedó parada en silencio observándolo escarbar, mientras dirigía la tenue luz del celular hacia las patas delanteras que se hundían en la tierra una y otra vez.

De golpe el perro se detuvo. Inmóvil, con la cola en tensión, olfateaba algo que había encontrado. Horrorizada, Indalecia vio que del pozo asomaba un mechón de pelo. Acercó más la linterna. Le empezaron a temblar las manos y el celular se le cayó al piso, iluminando un trozo de tela blanca junto al cabello. ¿Sería la camisa del uniforme de Natalia? Se agachó para recuperar el teléfono y sintió que sus lumbares crujían como si se las estuvieran triturando. Cuando se quiso reincorporar no pudo, una fuerte punzada de dolor le atravesó la cintura. Quedó así, doblada sobre sí misma,

con la cara casi pegada al mechón de cabello, que ahora de cerca notaba que era muy oscuro, y que enmarcaba el rostro de una nena asomando entre la tierra, con el cuerpo semienterrado envuelto en lo que parecía ser un guardapolvo blanco que contrastaba con su tez morena.

Un hombre liso y llano

Tilonorrinco (Elena Mentasti)

Me gustan los colibríes. Acabo de ver uno después de mucho tiempo. Cuando lo descubrí, aleteaba muy cerca de un jazmín, aquí en el parque al que vengo los viernes por la tarde. Parecen tan frágiles. A veces, el movimiento de sus alas me resulta angustioso. Creo que hay algo de desesperación en ese acto.

Me encantaría tocarlo, acariciar la brevedad de sus formas, su plumaje. Quise acercarme, pero tan solo conseguí espantarlo. Desapareció en un abrir y cerrar de ojos, como todo lo bueno en esta vida. Lástima.

Ojalá fueran ciertas todas esas historias que se cuentan de los colibríes. Daría cualquier cosa para que fuera tu alma la que me ronda.

No sé por qué se me ha venido eso a la cabeza. Será porque te extraño. Me sucede en septiembre. Con lo que me gustaba a mí la primavera. Hasta lo de tu muerte. Hoy, el día no puede estar más feo. Es una de esas tardes grises, de las que mejor quedarse en casa. En realidad, estuve a punto de no venir.

No pude. Necesito este lugar para pensarte. Me hace bien. Al menos por un rato dejo de sentir que la vida es una pura mierda. Hay tanto desconcierto y dolor en mis días. Sin embargo, nadie se acerca a preguntar si me ha pasado algo.

Cuando era chica creía que cada vez que cambiábamos de año también cambiábamos de vida. Me equivoqué, mamá. No hay tal posibilidad. También creí que cambiando de lugar cambiaría los recuerdos; que la memoria hacía borrón y cuenta nueva, pero no. La vida tan solo se sucede de forma despiadada, mamá. De año en año, de lugar en lugar. No hay punto y aparte. Vos no me lo advertiste. Lástima.

Al menos, es bueno saber que cuando a uno le arrebatan el paraíso, la misma desesperación acaba por parir el camino de salida.

Por entonces, a mí, el dolor me estaba ahogando.

No tenés idea de lo que sentí cuando te conté aquello. Tampoco de lo que viví cuando te enfermaste. Si pudiera, borraría aquel febrero.

¿Cómo llegamos hasta ahí?

Yo quería ir al mar, ¿te acordás?, jamás lo habíamos visto. Salvo en los frasquitos. Esos que me traía de regalo Marianela. Un poco de agua de mar, al fin de cada uno de sus veranos. Los tenía acomodados en un estante de mi cuarto. Me gustaba observarlos. Marianela bromeaba cuando me descubría anclada frente a la repisa. “¿Cómo está hoy la playa?” preguntaba entre risas.

Yo soñaba con viajar al mar y andar descalza de mañana en la arena. En cambio, solo tuve una playa imaginaria por la que aprendí a andar a tientas, durante las noches de mi pesadilla.

Te negabas a ir. Y yo no quería darme por vencida.

—Dicen que el mar es grandioso, insistía. Una y otra vez.

No me atendiste. Parecías empeñada en apilar excusas, hasta aquella mañana en la galería. Lástima.

—El mar tendrá que esperar. Tengo cáncer y muy poco tiempo.

Lo dijiste a lo bestia, como hacías con los malos tragos. Ya tenía dieciséis y estaba en condiciones de comprender que cáncer y tiem-

po, en tu caso, no eran lo que se dice compatibles. Al diablo con el mar. Acababas de arrojarme de un tren que estaba en marcha.

Lloré y lloramos. Días sí y días también.

Después, cuando llegó tu agonía, la vida se hizo mínima y de una lentitud exasperante. Lástima.

Con tu voz hecha un hilo, me hiciste prometer que estudiaría. Pero con mucha más fuerza, que olvidaría. ¡Cómo me iba a negar, si te estabas muriendo! Miré tus ojos gastados, acaricié tu pelo y viendo que te ibas, asentí hasta el hartazgo, para que te marcharas sin cuestiones pendientes.

Estaba dispuesta a lo que fuera, menos a perdonarlo. Eso no te lo dije.

Hay tramos de la vida que acaban por volverse insoportables. Como inviernos del alma. Andar a solas me dio la dimensión exacta de tu muerte. Yo quería dejar de sentirme a la intemperie, pero seguía ahí, petrificada. En realidad, llevaba tiempo anclada en ese sitio. Desde mucho antes de tu muerte. Y vos lo sabías. Lástima.

No conocí a mi padre. Cayó desde un andamio antes de que cumpliera el año. Jamás hablabas de él. Tal vez por eso no supe lo que era un papá hasta que llegó Mario.

Fue durante una campaña electoral en el municipio. Él iba de candidato. Pasábamos más horas en el partido que en casa. Debí estar en la última sala del jardín o en primer grado. No estoy segura.

Después de las elecciones nos fuimos a vivir con él. Era una casa amplia y luminosa, con un jardín hermoso en el que sobresalía un jaulón de dimensiones poco habituales. Allí atesoraba más de un centenar de canarios. Jamás había visto algo parecido. Algunos eran del color de las zanahorias; otros blancos como el algodón y también de un amarillo intenso como yemas de huevo.

Mario pasaba horas junto al jaulón. Hablaba con sus pájaros. Algunos hasta tenían nombre. Yo lo seguía. Aquello se parecía demasiado a la felicidad. Y yo, además tenía padre. Lástima.

Puede que no haya habido una cuestión puntual, sino más bien un deseo profundo de que así sucediera. Tal vez por eso no te sorprendió el día en que Mario dejó de ser Mario y lo llamé “papá”.

De aquel tiempo es la foto que pusiste en mi mesa de luz. Aquella que nos habían tomado a los dos caminando, a la salida de un baile. Una foto en blanco y negro. Un hombre de espaldas; un hombre liso y llano que lleva a una niña de su mano. No hay imagen que pudiera aparecer más amorosa. Lástima.

A ese hombre al que le regalé un portarretrato con la foto nuestra para sus cumpleaños, yo lo llamé “papá”, maldito sea.

Hay palabras con las que se convive dolorosamente. Algunas lastiman mucho más de lo que se pueda soportar. Lo sé, mamá, y no tenés ni idea de cuánto lo lamento.

Qué podía saber en aquel tiempo. En cambio, vos ni enterada, mamá. Estabas demasiado enamorada. Yo no lo vi venir. Yo tampoco.

Cuando empezó a cambiar, creí que sólo era porque se había tomado demasiado en serio la tarea de ser padre. Lástima.

A los nueve me dejaron de gustar sus abrazos, sus manos en mis piernas, esa forma de cuchichearme boludeces al oído. Simples boludeces. Pero el daño puede volverse inagotable.

Pienso en dónde es posible esconder el espanto para que me deje respirar un poco más tranquila. A veces lo consigo. Es breve el tiempo de la tregua. Unas horas o unos pocos días. Un suspiro, mamá.

Está visto que nadie consigue hacerse a la idea de ciertas situaciones. El infierno está ahí y vuelve. Una y otra vez, vuelve.

Vuelve, como una bala lenta que atraviesa el aire con decisión premeditada; vuelve como buscando el blanco elegido, mientras le da tiempo al cerebro para que habilite lo que se avecina. Y cuando lo que se avecina es una pesadilla de esas que dejan sin aliento, a veces el cuerpo habla. Y el mío, en aquel tiempo, pese a todo, finalmente habló. Claro que para que eso sucediera, debieron pasarse unos tres años. Lástima.

Me pregunto si en algún momento la vida recuperará alguna de sus antiguas formas. Quiero creer que sí, que habrá un día en que me volverá a habitar algo que se parezca a la alegría. ¿Cuánto tiempo hace falta para el olvido? Por ahora sigo sin conseguirlo, mamá. La pesadilla vuelve. La noche se ha ido comiendo mi mundo a tarascones. Mario nunca fue lo que dijiste que era. Yo le dije “papá” y él lo ensució todo. El muy hijo de puta. Así hasta los trece.

¿Se puede vivir sin abrir los ojos? Lo hice durante mucho tiempo. Fue una noche muy larga. Solo quería dormir, dormir hasta morirme. El sueño a veces es la mejor manera de amordazar dolores. El problema aparece cuando uno se despierta. Lástima.

La verdad no siempre sale a flote, mamá, no siempre actúa como hacen los corchos. A veces hay que presionar hacia arriba, hay que empujarla para que aflore. Yo conseguí hacerlo cuando cumplí catorce.

Primero me enfermé. Fiebre y más fiebre, sin motivo aparente. ¿Te acordás? Cuando todo se volvió insostenible, corrí a contártelo envuelta en llanto.

Me parece estar viendo la expresión de tu rostro. Aunque no me dijeras nada, yo lo podía leer en la mueca de tus labios, en la expresión de tus ojos. Estabas espantada. Después vino la furia, el desconsuelo y un solo juramento: no pararías hasta meterlo preso.

Me dijiste que juntas lo conseguiríamos. Ni por un instante se nos cruzó por la cabeza la posibilidad de estar apuntando a un blanco protegido. Lástima.

Nos fuimos a vivir a una pensión y afrontamos el juicio sin dinero. Poco a poco empezamos a ver cómo se cerraban las puertas a las que golpeábamos. “Para evitar conflictos”, nos decían. Imposible olvidar aquel calvario.

Me pregunté mil veces si valía la pena llevar hasta el final esa agonía. Recuerdo tu cara cuando dieron lectura a la sentencia. Veinte años de cárcel. “No me lo puedo creer” te escuché repetir durante varios días. Era lo más parecido a un acto de justicia. El error fue confiarse. El error fue creer que el poder aceptaría sin más esa sentencia.

El poder es poder y no se quedó quieto. De dieciséis a ocho, luego de ocho a cuatro y así, de uno en uno, los años del castigo se escurrieron por distintas razones hasta que Mario recuperó su libertad y nosotras la pena. Lástima.

No sé de dónde hemos sacado que el paso del tiempo se traduce en puro beneficio, lo escuché tantas veces. Con el tiempo se consigue olvidar, con el tiempo se asimila, con el tiempo las heridas cicatrizan. Estaba convencida de eso, hasta el día en que volviste a casa con aquel comentario.

“Tengo las tripas dadas vueltas, no sabés a quién me acabo de cruzar”, eso dijiste. Leí en tus ojos el abatimiento. De pronto tuve la certeza de que la respuesta a vos te había herido de muerte y a mí me había devuelto a mi peor pesadilla. No me equivoqué. Fue solo cuestión de tiempo. Lástima.

Otra vez volvió el colibrí. Lo veo deambular errante sobre los matorrales. ¿Andará así tu alma? La mía lleva una larga temporada en los infiernos.

Sucede por las noches. La oscuridad siempre sirvió para amparar los crímenes. Y yo, mamá, me he vuelto una asesina. No creas que siento pena o algún remordimiento. Al contrario, matar me alivia. Lo hago cada noche. A veces, es en alguna de las calles del pueblo; otras en la playa, o aquí mismo, en la plaza en la que conversamos.

Desde el día en que te lo cruzaste, yo también me lo encuentro. Peor para él. Solo es cuestión de verlo y mi mano busca desesperada el cuchillo que escondo en el morral. Sé que no he de fallar, la hoja brilla hasta que empieza a hundirse una y otra vez en ese cuerpo odiado.

Treinta y dos puñaladas. Siempre las cuento. Una a una. La hoja entra certera, el corte es limpio. Un cuchillo viaja sin respiro hasta lo hondo. Después viene el vacío y el deseo de que se sucedan muchas otras noches.

¿Curan las pesadillas? No lo sé. Tampoco me importa demasiado. Matar me calma, mamá. Matar me salva. Lástima.

Nueva York en primavera

Panies (Marina Condo)

Le dejo una bolsa de medialunas que envolví en papel para que sigan calientes. En el bolsillo del ambo, le pongo los billetes de cien en forma de rollito así parecen más. El pibe, con “cara de recién salido del horno de los hombres”, me guiña un ojo y dice que vuelve en media hora.

Abro la puerta y me quedo quieta.

Me toma unos segundos ajustar la vista. Mirar a alguien es también mirar todo lo que viviste con esa persona. Aunque Jazmín...

—Karín.

No lo dice como cuando golpeaba la puerta para que le prestara algo: *¿Tenés tijera? ¿Un poquito de stevia? ¡El azúcar me da acidez! ¿Sopapa? ¡¿Sabés que me quedé sin hilo verde?! ¿Un caldito?*

No. Este “Karín” es sutil, leve. Suena en medio de la respiración y de esos cañitos que le cuelgan de la nariz. Tiene el pelo tirado para atrás y la cara demasiado gris.

—¿Estás sola ahora? ¿Qué pasó con la señora?

Y dejo el bolso de lentejuelas sobre la mesita que, en ese lugar, más que brillar parece que grita. Saco un caramelo de esos redondos y oscuros y se lo pongo en la boca.

—La vieja palmó anoche.

Me quedo un segundo como si me hubieran pegado una cachetada. Hay cosas que pesan dos veces de acuerdo a donde caen.

—Ja, ja. ¿Tanto la querías? ¡No, nena! La pasaron a terapia común. ¡No te asustes! ¿Arnaldo André te dejó entrar? Decime que te lo chapaste.

Sigo revolviendo dentro del bolso de boca grande y ancha que me recuerda a la cloaca que había en la esquina de la cuadra de casa y que jugaba a saltar con la lluvia. Ese con el que cayó un día al departamento y que no podía dejar de mirar. “Lo bordé yo. ¡Es re fácil! Si querés te hago uno. A vos el rojo te quedaría genial”.

—¿A dónde nos vamos?

Me mira esperando. Hay que llenar los silencios cuando se ponen pesados. Me apuro, me pongo nerviosa. Empiezo a buscar en ese agujero sin fin. Saco bolsas y bolsitas. Me siento como una piba entrando al boliche por primera vez y que no encuentra la entrada. ¡Hasta que sí! Es una postal con Frank en blanco y negro, salvo por el sombrero que está en azul. “City Hall 20 h”. “Tonight Only”.

—Aaaaaa... ¡Nueva York! ¿Te dije que mi primera paja me la hice con él cantando “*New York, New York*”?

Le pongo un par de almohadones más para que se siente y le muestro los pañuelos que traje de su casa. Revuelve. Le veo algo de brillito en los ojos negros. Para ella, elige uno con flores amarillas y manchas turquesa. A mí me da uno de tulipanes.

—¡El rojo te queda divino! Vení que te lo acomodo.

La dejo. Los dedos largos, ahora de uñas cortas, se mueven sabiendo lo que hacen.

—Te quedan bien esos colores; el gris envejece y para eso, la vida. —Se hace una trenza turbante en la cabeza y se mira en el espejo que le pasé. Decime que trajiste labial.

Y me parece escucharla taconear, con esos zapatos imposibles por el pasillo, cada vez que terminaba de atender un cliente. Encuentro más cosas.

—¡Bien, nena! Me trajiste el rojo y no el coral. ¡Estás aprendiendo!
Vení que te pongo.

—Pará, pará. También traje esto.

Le muestro dos kimonos. Cuando fui a su departamento, los encontré colgados en ese perchero de teatro de revistas que tiene apenas entrás.

—¡Estás en todas!

Se corre el camisolín y le puedo ver las tetas ficticias, inamovibles, rígidas y demasiadas para ese lugar. Un agregado exuberante para ese cuerpo largo y muy huesudo.

—Vení que te ayudo. —Intenta sacarme la remera.

En casa, yo le diría que está loca y ella me contestaría que ando siempre con esas remeras lisas y estaríamos un rato tomando mate. Pero acá, la ayudo. Miro mi corpiño de algodón medio gastado y me tapo rápidamente.

—Lindas tetas.

—Parecemos Moria y Susana.

—¿Quién es quién? —pregunta con el labial pegado a la boca.

De refilón, la veo como esa mañana en la que nos fuimos a Ezeiza a buscar a uno que había conocido por Internet y salía de la cárcel. “¿Y qué? Ahí también usan Tinder”.

—¡Metete que vamos a llegar tarde!

Me siento al lado de ella mirando la ventana del hospital. Una ventana que da a una pared que hace mucho fue blanca. En un costado, las manchas de moho y humedad se entrelazan como en ese test que una vez me hicieron en una entrevista.

—¡Taxi! —Levanta la mano escuálida que ahora está llena de pulseras doradas y plateadas. ¡Al Music Hall, *please!* Tenemos *fuunction, fuun.* —Y se queda tragando saliva.

—*Tickets* —contesto.

—¡Mirá! El taxista es negro y tiene el pelo bien cortito como me gustan a mí. *I like black*, ¿sabe? —Y se abre un poco el kimono. En eso, la cara se le transforma, los ojos se le ponen bien grandes y brillosos y me aprieta la mano. *Sir, STOP, stop, please*. Karín, es el Central Park, ¿vamos? Tenemos tiempo. ¿*How much?* ¿*Five dollars?* ¡Si estuvimos dos minutos! ¡*Five dollars!* ¡Qué ladri este grone! ¡Tomá! *Five dollars sonofabitch* ¡Metéte los en ese culito negro que tenés!

—Jaz, vení que esto te va a gustar. ¡Hay pingüinos ahí! —Y entrelazo su brazo con el mío.

—¡Noo! ¡Pingüinos! ¡Como en esa peli! ¿Te acordás? Mi tía, que dios-la-tenga-en-la-gloria-y-la-llene-de-pijas-gordas-y-duras, mi tía Nané me decía que yo era igualita a Julie Andrews. “Te faltan los ojos azules”, repetía. Ya te conté que mi tía cosía; yo iba a su casa a probarme cosas y una vez me hizo un saquito como el de esa peli. Cuando papá lo vio... ¡el escándalo! Viejo de mierda... Que dios-te-mantenga-bien-abajo-donde-no-tendrías-que-haber-salido.

Escupe el piso. Su zapato de taco alto pisa el gargajo. Sigue:

—¡Mirá qué bueno que está el heladero! Vamos a pedirle... *two* helados, *please*.

—Te está mirando.

—Karín, ¿es que esta es mi ciudad!

—Boluda, te está guiñando el ojo.

—¡Está para la mesita de luz!

—Pará que te pongo un lento. ¡Invitalo a bailar!

Agarro el celular y busco. “*Fly me to the moon... let me play among the stars*”. Jazmín apenas balancea los hombros; la abrazo y nos movemos de la cintura para arriba. “*Jooooold main jand*”. Mejilla con mejilla. “*Kisssss miiiiii*” y no termina la canción porque la

veo parar en seco. Otra vez, la cara pálida. La boca áspera tratando de agarrar el aire. Apenas se escucha la tos.

—Nos tenemos que ir.

—¡Justo que le iba a dar un beso!

Tose. Esa tos que no cura ni hace nada. Que solo trata de mover algo que no está, que no viene, que falta.

—¡No vamos a llegar!

Se sacude, me aprieta la mano y yo aprieto el botón. La trato de agarrar, pero no sirve. Y se ahoga. Y grito. Y el enfermero que entra con ojos de escándalo.

—Señora, cúbrase por favor.

Me meto la remera gris arriba del kimono y corro todo. Ahora, Jazmín está en la cama fría-blanca-sola-gastada tosiendo. Los médicos que me empujan cada vez más lejos. Ella me mira y me dice algo que no entiendo. Me agacho. Y... “¡Córrase! ¡Que sea la última vez! Usted no sabe cómo está. ¡Qué barbaridad agitarla así!”.

La boca de Jazmín deformada por el labial y la baba. Y yo que no entiendo qué me dice.

—¡Preparen todo! ¡Llamen al médico!

La pasan a la camilla. Y ese pañuelo que dejó de ser turbante y ahora solo es un pedazo de tela arrugada en la mano de ella que me hace una señal. Pongo mi oreja pegada a su boca áspera. “Parece que la tiene grande”, me susurra y mira al enfermero que no la escucha porque la está preparando para entubar. La miro y le agarro la mano demasiado helada para Nueva York en primavera.

Los veo irse.

Me quedo con el pañuelo de flores amarillas que tiene un poco de sangre en el medio y me acuerdo de mamá diciendo que, para sacar las manchas de sangre, lo mejor es agua fría, bien fría.

En disidencia

Úrsula (Micaela Lis Urueña)

Buenos Aires, 1 de julio de 2019

El mate y la pinza

Estela chupó hasta que el mate hizo ruido y se quedó mirándola. Mimí tenía una pincita oxidada y usaba la parte plateada de un CD de espejo para depilarse. La mañana estaba helada, pero ella andaba con sus *shores* de jean y apenas se cubría los hombros con un saco que dejaba su escote moreno al descubierto.

—¿Sabés qué me di cuenta?

—¿Qué? —dijo Mimí mientras se pasaba el dedo por el entrecejo, de arriba hacia abajo muy despacio, para encontrar algún pelo que se le hubiera escapado.

—Mi vieja me cagaría a chancletazos si me escuchara, pero yo no sé cuánto más voy a aguantar. Incluso si los jueces dicen que no debería quedar presa por diez años, me dijo Mónica que la fiscal puede apelar y esto no termina más. ¿Cuánto tiempo podemos estar así, Reina? A veces preferiría que me dijeran que empiezo a cumplir la condena y ya... Empezaría a tachar días como me dijo Patri que imaginan mis sobrinos. Pero no saber es una tortura.

Mimí bajó el CD, apoyó las manos sobre sus piernas cruzadas y sacudió la cabeza.

—¡Ay mi gorda! ¡Con qué poco te conformás!

—Sí, ya sé. Por eso digo que mi vieja me cagaría a chancletazos.

—Gorda, decime ¿Qué se te dio ahora por querer saber algo con seguridad?

—¿Cuándo tuviste certeza en tu vida?

—Cuidado que quema —dijo Estela pasando el matecito de cha-
pa—. No sé, Mimí.

—¡Pensá!

—¡Ya sé! Cuando hice la casilla y me llevé las cosas, ahí dejé de andar de acápara allá.

—¿Y cuánto te duró?

—Bueno, años. Hasta que la prendieron fuego los *wachos*....

—¿Ves? No hay seguridad, no existe. Paciencia. Y vos aguan-
tás... Un pocoporque podés y sos fuerte, y otro poco porque no
queda otra.

El acusado

Abrieron la puerta y Mimí entró puteando en guaraní. Tenía el maquillaje intacto, pero estaba despeinada. Tenía la camperita roja y los zapatos en la mano. Tiró todo al suelo y vio quebrarse el taco con el impacto. Se dio vuelta con más furia y siguió gritandohacia la puerta. Las demás mujeres la miraban sin moverse y la que le había abierto la puerta intentó decirle algo, pero Mimí gritaba más fuerte. Apareció La China. No entró, no habló. Solo dio una patada a la puerta metálica y el griterío se anuló instantáneamente. Mimí se sentó en una silla, apoyó los codos en sus rodillas y se tapóla cara

con las manos. La China se quedó mirando por la ventanita de la puerta, Estela sabía que estaba en puntas de pie, pero ninguna se movía en el taller no querían comerse el día engomada.

Cuando La China y las otras se fueron, Estela se acercó y juntó las cosas del piso, le dio la mano y la ayudó a levantarse. No hablaron hasta la noche. Cuando se apagaron las luces, se metieron juntas en la cama de Estela y se abrazaron como las hermanas cuando les rompen el corazón. Compartían el cuarto desde hacía meses, cuando a Mimíla pasaron al pabellón de mujeres.

—*El acusado*, me dice. *El imputado con tendencia homosexual*. —Hizo una pausa—. Qué pedazo de mierda ese viejo. Y yo... ¡Siempre con esa esperanza idiota! *Tenés una esperanza idiota*, me decía La Tota, *la esperanza idiota de que no pase más*. A La Tota siempre le reconozco todo, pero no puedo dejar de indignarme ¿No tengo derecho a esa esperanza? Ocho años con mi documento de mujer, ¿y qué? ¿No saben leer los jueces?

—Yo casi no sé leer Mimí y sé que sos mujer. Ese juez es de los que no quieren que haya mujeres como nosotras y hacen de cuenta que no existimos. Pero eso es lo idiota. No hay forma Mimí. Que te diga *el imputado* no va a cambiar nada ¡Ya está! Acá estamos. Somos así y nos pueden violar, pueden meternos en cana o matarnos, pero van a venir otras igualitas. Y yo también tengo la esperanza de que se van a cansar de hacer fuerza en algún momento, porque nosotras no vamos a dejar de aparecer.

Los mitos y las leyendas

—Traje un libro que es un poema para que leamos, siguiendo el tema de la clase pasada. Tomá —dijo la maestra dándole un libro

finito, negro, que tenía la cara de una estatua en la tapa. Estela lo agarró y leyó el nombre *Ancianos relucientes* de Kate Tempest—. Fijate donde está el señalador. Hay una parte que está marcada. —Esperó a que Estela encontrara la página y asintió dando la señal para que empezara a leer en voz alta.

Le transpiraba el bigote cuando la maestra le pedía que leyera en voz alta. Apoyó el libro sobre la mesa y lo mantuvo abierto aplastando con fuerza las hojas para que notemblaran con ella...

Mirá —todo lo que tenemos acá es lo único que siempre tuvimos.

Tenemos celos

y ternura y maldiciones y dones.

*Pero el camino de un pueblo que ha olvidado sus mitos
e imagina que de alguna manera él ahora es todo lo que hay
es un camino de pena*

todo aislamiento y preocupación

pero la vida en tus venas es divina, heroica.

Naciste para la grandeza;

creelo.

Sabelo.

Tomalo de las lágrimas de los poetas.

—Hasta ahí. Está muy bien, Estela. —Ella era la única que no le decía *Gorda* en la cárcel.

—Me gusta el poema —dijo La Rubia.

—¡Qué bueno! A mí también me gusta, ahora... ¿de qué les parece que está hablando la autora? —preguntó a la clase entera y agarró una “boca de dama” para comer mientras se tomaba el mate que le habían pasado.

—A mí me pasa que cuando hablamos de los mitos, yo no puedo dejar de pensar en el Gauchito Gil —dijo una de las chicas y todas se rieron.

—Bueno, bueno. Vas por buen camino. Los mitos y leyendas, ¿para qué sirven?

—¿Qué dice la autora? ¿Qué piensan ustedes? —Se dio vuelta y escribió las preguntas con formato de consigna en el pizarrón que colgaba en la pared celeste.

Cuando se quiso anotar para hacer la secundaria, le dijeron que no. No le creyeron que había terminado la escuela, ni que le habían quemado la casilla y que ahí perdió todos los documentos. Tampoco le creyeron que en la escuela desapareció su legajo y sus boletines una vuelta que se inundó el barrio. Pero la dejaban ir a las clases de Cynthia porque sabían que tenía para rato y *hacer esas cosas le iba a servir en el futuro*.

—¿Sabe qué, Cynthia?

—¿Qué? —La maestra se había acercado para pasarle un mate y leer lo que estaba escribiendo en su hoja.

—Declaró la vecina que escuchó todo. Y eso está bueno me dijo la abogada, porque ayuda a que me crean que me estaba defendiendo. —Cynthia dejó de leer y la miró sonriendo—. Declaró que escuchó a uno de los tipos gritarme *YO TE SACO LO TORTILLERA* y que yo también les gritaba *NO ME TOQUEN GUACHOS, NO ME TOQUEN*.

—¿Qué bien! Qué bueno que la vecina se animó. Como en los mitos, algo inesperado puede cambiar el rumbo de las cosas, ¿no?

Tijeras

—Descontrol, Gorda... —dijo Mimí estirando los rulos que cada vez estaban más blancos que negros. Eso significaba que a Estela le tocaba un corte.

Los rulos se descontrolaban, era cierto. Así que la dejaba cortar el pelo cada un par de semanas. Silvana, una de las canas, le traía las tijeras los martes a la tarde y se quedaba con ellas hasta que Mimí terminaba de cortarles las mechas a todas las que tenían *descontrol*.

Así se habían hecho amigas. Cuando Estela ingresó, Mimí se acercó y diagnosticó su peluca: *Reina, no te lo tomes mal, pero si necesitás, yo tengo habilidad con la tijera*

¡De verdad! *Mirá, yo no estudié peluquería porque nunca estuve mucho tiempo en un mismo lugar, pero me doy maña.*

Le pagaban con postres del comedor, puchos y comida que traían las visitas. Pero ese martes Silvana no apareció. Recién el viernes la vieron y Mimí se acercó a hablar con ella.

—No me quieren prestar más las tijeras —dijo cuando volvió.

—¿Por qué no?

—Qué sé yo. Dice que la cagaron a pedos por darle tijeras a una asesina.

—¡Ay! Que no me jodan... No mataste a nadie. No deberías ni estar acá, no hay pruebas. Solo lo que dice un viejo con guita.

—Sí, Gorda... Pero lo que dicen los tipos con guita es más verdad que lo que decimos *los imputados con tendencias homosexuales*. Igual, ¿sabés qué?

—¿Qué? —Mimí sonreía.

—Mi abogada es la más yegua. No puedo creer la suerte que tuve con ella.

—¿Qué pasó?

—Las polis son más chusmas que las putas ¿Viste que en la última audiencia medijeron *imputado*? Bueno, me contó Silvana que andan diciendo que Lula pidió que me cambien los jueces porque son prejuiciosos con las travas y obvio que no van a creerme nada.

Y en la movida también pidió mi excarcelación —dijo y se puso a menear al ladode Estela.

—¡¡¡Ay Mimi!!! ¡Qué bien, mi Reina!

—Gordita. —Se paró y tomó distancia agarrándola por los hombros para mirarla mejor—. Si me voy, estos pelos van a ser un descontrol —dijo estirando los rulos y riéndose.

Nosotras, ustedes y ellos

Estela estaba leyendo la fotocopia que le había pasado la maestra y golpeaba lamesa con la goma de borrar del lápiz. Cynthia se acercó y se sentó al lado. Le habló en voz baja.

—Yo entiendo todo, te juro. Pero no puedo entender, ¿por qué cambian tanto las cosas según la persona?

—A ver...

—Me explicó la abogada que nos rechazó el juez esto de que al tipo lo maté en defensa propia. Dice que yo hice igual que todos los que salen en las noticias: el carnicero, el médico, el fotógrafo, etc. Se supone que si están por matarte, te podés defender ¿o no?

—Ajá...

—Bueno, yo no. ¿Por qué es tan difícil creer que me estaba defendiendo? ¿Por qué rechazaron eso? Cynthia, estos tipos me joden la vida desde que pisé Buenos Aires por primera vez ¡Toda la vida! Lo sabe todo el barrio. Saben la historia entera. Me tuve que ir a vivir con mi hermana porque prendieron fuego la casilla. *Esa* tarde me rompieron toda la ropa. Te juro que me iban a matar. Eran seis y me seguían cagando a patadas cuando ya estaba hecha mierda. Era como siempre, pero peor. Me lo dijeron, me iban a violar. Eso

lo escuchó la vecina y se lo dijo al juez y todo... ¿No tengo derecho a defenderme?

—Estela, claro que sí. Claro que sí. Pero es un derecho *raro* —dijo la palabra *raro* con un tono escéptico—. Parece que algunos tienen mucho derecho a defenderse y que el resto no. El resto tenemos que bancarnos todo, pero nunca está muy claro por qué.

Recusada

Lula vino a ver a Mimí sobre la hora del almuerzo. Estela se sentó y comió más rápido de lo normal. Miraba todo el tiempo hacia la puerta. Cuando Mimí entró, le hizo señas para que la ubicara, pero no pudo darse cuenta si traía buenas o malas noticias.

—¡Mimí, habla! ¿Te sacaron al juez?

—¡Sí, boluda! ¡Me lo cambiaron! *Recusaron a la jueza*, me dijo Lula. —Y se rieron juntas.

—¡Vamos, mierda! —¿Por qué no estaba tan contenta?—. Che... ¿Y... la condicional?

—No salió, Gorda —dijo mirando el plato vacío de Estela—. Pero no importa. Luladijo que esto es algo muy bueno.

A Mimí le tocaba esperar.

Un poco de justicia

Dejaron salir a Estela para esperar el juicio en la casa de Patricia. La última noche durmieron juntas, pero igual tuvieron frío. A la madrugada, Estela se levantó de la cama y se sentó en el piso con

la cabeza apoyada en la pared y las piernas cubiertas con su campera. Ahí se sentaba a escuchar el zumbido de los tubos de luz en el silencio. Se imaginó las cosas afuera. ¿Qué iba a tener que arreglar en la casa de Patri? ¿Las pibas de la canchita habrían encontrado otra arquera? ¿Cómo sería el hijo de la Nancy? Se imaginó armando una peluquería chiquita para Mimí en donde la tía Paula tenía el kiosco en el living. En el barrio también había un localcito que había sido un *ciber* en una época. Ese le iba a gustar porque tenía vidriera. Se imaginó colgando un espejo grande en la pared y sus fotos de Gilda.

Estela escuchó que se abría la puerta del fondo y antes de que llegaran a buscalase acercó a despertar a Mimí. Se abrazaron con los ojos cerrados y las manos muy abiertas.

—Gorda, tenés razón. No importa lo que hagan, no vamos a dejar de aparecer.

La Moni, yo y las que son como nosotras

Francina Cassino

¿Por qué no lo querés invitar a tu fiesta de quince, hija? ¿Es por la plata? No seas así, un plato más no le hace nada a nadie, si total ya estamos secos. Ah, vos no querés porque te enteraste que la cagó a la Moni. Y bueno... los tipos son así, qué se le va a hacer. Te seducen, te cogen, te embarazan y se van con otra. Y a la otra la seducen, la cogen, la embarazan y se vuelven a ir con otra. Y así se repite la historia. Como cuando vos eras chiquita y te subías a la vuelta al mundo en el parque de diversiones, ¿te acordás? Siempre volvías al mismo lugar. Te daba náuseas la subida, y a veces vomitabas las papas fritas. Pero igual querías volver cada vez que el parque pasaba por el pueblo. Siempre querías comer las benditas papas fritas. Incluso, con tu mamá te advertíamos que te iban a caer mal. Vos eras porfiada, ibas corriendo con el último bocado a subirte a la vuelta. En eso saliste a ella. A tu madre digo. Bah, en eso y en todo. Sos igualita a ella. Pero bueno, ¿qué te estaba diciendo? Ah sí, la vuelta al mundo: empieza en el lugar exacto donde termina. A la Moni le pasa lo mismo. Le gusta sufrir por un hombre. Y lo perdona siempre. Le abre la puerta de la casa cuando el borracho se queda hasta quién sabe qué horas en el bar del centro. Lo espera con la cama tendida, con las sábanas limpias y recién perfumadas. Le deja la ropa lista para que al otro día él vaya a trabajar. La camisa planchada. Los zapatos lustrados. El café sin azúcar calentito. ¿Y

qué hace el muy vago? Duerme hasta el mediodía. Claro, mientras tenga una caja de vino y un atado de cigarros, él está bien. No te digo yo que es un vividor. Pero es un buen tipo. Es mi hermano del alma. Yo lo conocí en el *bowling*. Era una estrella. Hacía *strike* hasta con los ojos cerrados. De eso se enamoró la Moni. Él tenía una pinta que ni te cuento. Y claro, cómo para no tenerla si la mujer lo hacía salir de punta en blanco de la casa. A él no le importaba dejar a las hijas para irse a revolcar con la Moni después de los torneos en el club. Por eso te digo, a la Moni le gusta sufrir. Ella sabía que él era casado y encima padre de tres criaturas. Por eso cuando la Moni se embarazó, no le quedó otra que deshacerse del crío. La llevamos nosotros, con tu madre. Fuimos a un rancho en el medio del campo a la madrugada. Un foquito apenas tenue iluminaba la tranquera de entrada. Yo me baje a abrirla. Era pleno julio, el rocío del pasto me traspasó la suela de las zapatillas. Tu madre le agarraba bien fuerte la mano transpirada a la Moni, ya no tenía uñas para comerse la pobre. Cuando estacionamos al lado del ranchito, la Moni quebró en llanto. Es irónico, pero lloraba como un bebé recién nacido. Yo me bajé a fumar un pucho mientras tu madre la consolaba. Del rancho, salió un viejo petiso y bigotudo. Tenía puesta una chomba desteñida y un par de alpargatas en los pies. Me asintió con la cabeza y dejó la puerta entreabierto para que pasen. Pude ver que había una cama matrimonial, pero nada más. Había más luz en la oscuridad de la noche que ahí adentro. Al rato, se bajaron del auto. La Moni estaba como nueva. No sé qué le habrá dicho tu madre. Pero para las próximas veces que fuimos al ranchito, ya no lloraba. Una vez nos asustamos bastante. La Moni casi no la cuenta. Se nos iba en sangre a la vuelta. Tuve que cambiar el tapizado de los asientos de atrás del Citroën después de ese

viaje. Yo le dije a tu madre que no la llevábamos más. En fin, viste que te dije hija, como a todas las mujeres, a la Moni le gusta sufrir.

No papá, a Moni no le gusta sufrir. Moni se acostumbró a sufrir. Si supieras que yo tuve peores náuseas que las causadas por la rueda de la fortuna. Yo tengo náuseas escuchándote relatar sus hazañas con las mujeres. Yo tengo náuseas cada vez que me acuerdo de que a la única que hizo sufrir no es a Moni. Hay varias como Moni.

Yo tengo náuseas ahora de solo pensar que va darme un beso cuando crucé la puerta del salón de fiesta agarrada de tu brazo. Yo tengo náuseas ahora cuando pienso en lo que él se podría imaginar al verme de vestido corto y maquillada como una princesa en mi noche especial. Yo tengo náuseas ahora sabiendo que va a sentarse en la mesa con toda la familia, como si nada. Como si no fuese la razón por la que me despierto a mitad de la noche con el corazón hecho un tambor. Como si no fuese la causa por la que no puedo besar sin culpa, tocar sin culpa, calentarme sin culpa. Como si no me hubiese arrebatado la inocencia. Yo tengo náuseas de solo imaginar que va a mirar a mis amigas con deseo. Con ese mismo deseo con el que me miraba cuando era una nena. Cuando era tu nena, papá. Yo tengo náuseas porque va a palmearme la espalda para felicitarte con las mismas manos que me bajo el jogging y la bombacha. Yo tengo náuseas por las cosas que soy capaz de hacer con tal de no verlo nunca más en vida. No quiero verlo en mi fiesta, pero tampoco en el barrio. No quiero que me desee feliz cumpleaños porque si está él, no va a ser feliz. No quiero que también arruine mi noche. La que se supone que es enteramente mía. También hay varias como yo. Era tu amigo, papá. Tu hermano del alma. La persona en la que más confiabas, tanto que le confiaste hasta a tu hija. Lo querés tanto que deseas que sea parte de mi fiesta de quince. Y yo te quiero tanto a vos que me guardo todo esto para mí.

Cría cuervos

Caridad (Bárbara Raimondi)

Fue en el verano del 76 que me animé a decirle a papá que yo no la quería a Shelley, aunque no sabía muy bien por qué.

—¡Qué cosa, Clarita!, porque Shelley es muy buena persona y la verdad es que me ayudó mucho en su momento.

—¿En qué momento? —le pregunté con un poco de bronca.

—Un tiempo atrás, cuando los militares intervinieron la universidad en la que trabajaba. Fue lo único que me contó. Dijo que prefería dejar esa charla para cuando fuera mayor.

—Entonces vas a tener que esperar a que sea mayor para que la quiera —le dije.

Papá no me contestó.

Por suerte a Shelley no la veíamos durante el año, solo un mes en las vacaciones. Papá y ella se ponían de acuerdo para alquilar en el mismo lugar durante el verano y compartir todo el día en la playa. De los tres hijos de Shelley con el que más jugaba era con el menor. Federico se llamaba, pero le decíamos Fred. A los dos nos gustaba hacer castillos de arena en la playa y decorarlos con pedazos de caracoles y piedritas. También ir de expedición a las dunas a cortar plumerillos y atrapar escarabajos. Una vez encontramos como siete y los dejamos vivir en una de las torres que habíamos construido. Estuvimos un rato largo tratando de que caminaran por el puente

hasta la puerta. Justo cuando el más chiquito lo iba a lograr, Shelley nos interrumpió.

—*Please, Fred, put your blue hat on.*¹

La mamá le habló en inglés y no le importó si yo estaba ahí y no entendía nada. Quizás por eso no la quería.

Después le puso crema en la nariz y en las mejillas para que no se quemara ni le salieran ampollas por el sol, porque Fred era muy blanco, muy rubio y de ojos muy celestes. Era lindo. A mí un poco me gustaba, pero no se lo quería contar a nadie. Ni siquiera a mi hermana Liliana. No me animaba, porque una vez que llovió todo el día Fred vino a casa y nos pidió jugar a la peluquería mi hermana aceptó, pero no lo ayudó a buscar los cepillos, ni las hebillas del cajón del baño. Además, le sonrió de una manera rara a papá cuando abrió la puerta para avisarnos que la cena estaba lista y vio que Fred nos estaba peinando.

Prefería guardarme el secreto.

—Te parecés a Piluso² con ese gorro.

Me reí. Fred, no. Enseguida me arrepentí de lo que le había dicho. Quizás creyó que lo estaba burlando. Una vez escuché como su papá le contaba al mío que en la escuela Fred tenía problemas con eso. Qué sus compañeros le decían cosas feas y que las maestras no tomaban ninguna medida. Que en vez de sancionar a los que generaban los problemas, los habían citado a Shelley y a él para sugerirles que Fred iniciara un tratamiento psicológico. Me dio pena porque Fred nunca se burlaba de nadie. Tampoco se defendía. Como esa tarde que había mucho viento y pusimos los barrenadores sobre la arena. Nos imaginamos que estábamos surfean-

1. Por favor, Fred, ponete el gorro azul.

2. Personaje de un programa infantil de la televisión argentina actuado por Alberto Olmedo. 1976.

do. Doblamos las rodillas y levantamos los brazos manteniendo el equilibrio. De pronto Fred empezó a gritar. Más y más fuerte.

—¡Guarda, que ahí viene una ola enorme! ¡Ayyy, qué miedo! ¡Ahhhh! Hasta que un pibe de una de las sombrillas de por ahí, se acercó.

—Vos —le dijo en forma amenazante señalándolo con la pera— ¿cómo te llamás? —Fred le dijo su nombre. El pibe le hizo burla. Empezó a sacudir las manos y a repetir con voz finita, como de mujer.

—¡Ay, Fred! ¡Fred! ¡¡Me llamo Fred!!

Fred bajó la mirada y se fue a donde estaba su mamá. Estiró su toalla, se acostó boca abajo y se puso a llorar. Me di cuenta porque su espalda se movía muy rápido. A Shelley no le importó, siguió leyendo como si nada. Me dio tanta bronca que empujé al pibe de la sombrilla con todas mis fuerzas. Shelley se sacó los lentes y me miró con cara seria.

—Mal hecho, Clarita. No está bien empujar.

Encima que había defendido a su hijo, me retaba. Quizás por eso no la quería.

Igual que los veranos anteriores, nuestras vacaciones terminaban con la fiesta de cumpleaños de uno de los hermanos de Fred. Invitaban a todos los chicos de la playa y del barrio. Llevar regalo no era obligatorio, pero sí una linterna para jugar a la escondida, a la noche, cuando oscurecía. El jardín de la casa que alquilaban daba al fondo con un bosque. Si no tenías linterna, no veías nada. A mí me daba miedo, por eso le pedía a Fred que nos escondiéramos juntos y en el mismo lugar de siempre. Detrás del árbol caído, cerca de la reja. Era un tronco seco lleno de agujeros por donde se podían ver las luces de las linternas de los demás. Yo le rogaba que nos quedáramos muy quietos y callados hasta escuchar el primer

grito de “piedra libre”. Eso me aseguraba que no iba a ser la próxima en contar. Yo odiaba eso y Fred lo sabía.

—¿Y si yo uso tu ropa y vos la mía? —me preguntó esa noche. Así se confunden. Si el que nos descubre dice “Fred” en vez de “Clarita” o “Clarita” en vez de “Fred” es sangre³ y tiene que contar otra vez. Estás salvada. Digo, cómo a vos no te gusta...

La idea me pareció genial, pero me daba nervios. No me gustaba que Fred me viera en bombacha. Le hice prometer que no me iba a espiar o prender la linterna mientras nos cambiábamos.

—Te lo juro.

Le creí.

Nos dimos la espalda. Pude escuchar el sonido que hizo el cierre de mi pollera y el de su pantalón. También el ruido del broche de su cinturón cuando lo tiró al suelo cerca de mis pies. Yo estiré el brazo hacia atrás y le pasé mi ropa. No quería que se manchara de pasto. Fred me avisó que él ya estaba listo. A mí solo me faltaba ajustarme el cinturón. A la cuenta de tres nos dimos vuelta. Yo me reí. Fred me miró fijo y me pidió la hebilla. Lo ayudé a acomodarse el pelo de costado. No me quedó muy bien, porque Fred no se quedaba quieto. Estaba más interesado en bailar que en peinarse. Le gustaba ver cómo se movían los volados de la pollera cuando saltaba y giraba. Del mareo se cayó. Nos reímos.

—Ayúdame —me dijo estirando una mano.

Enseguida se subió al tronco. Usó una rama seca como micrófono y cantó: “Hoy en mi ventana brilla el sol y el corazón se pone triste contemplando la ciudad porque te vas. Como cada noche desperté...”⁴.

3. Término usado en Argentina en el juego de las escondidas cuando el que busca confunde al encontrado con otra persona.

4. Porque te vas, José Luis Perales, 1974

Me hizo gestos para que subiera al escenario. Me compartió el micrófono y cantamos juntos pronunciando las zetas y las elles igual que se escuchaba en el disco y alargamos la a en el estribillo: “Junto a la estación hoy lloraré igual que un niño, porque te vas, porque te vaaaas...”. Alguien enfocó a Fred con una linterna. Gritó “piedra libre”, pero ningún nombre. Dije el mío fuerte en mi cabeza para ayudar a la confusión. Salté del tronco. Fred se quedó quieto, ahí arriba, con los ojos entrecerrados por la luz.

—¿Qué hacés vestido así? ¡Vengan, vengan todos! ¡Rápido, apúrense! ¡Miren! ¡Fred está vestido de mujer! ¡Fred es maricón!

Algunos chicos vinieron corriendo. Otros no tanto. Se escucharon risas. Gritos. Lo burlaron. Carlos le tiró una piedra. Eduardo también. Fred se tocó la frente y se quejó. Tuve miedo. Salí corriendo a buscar a Shelley. Llorando le dije que se apurara. Que Fred tenía mi pollera. Que lo estaban burlando. Que lo iban a lastimar.

Shelley me siguió hasta el árbol caído. Se acercó a Fred y lo ayudó a bajar del tronco sosteniéndolo de la cintura. Nos agarró a los dos de la mano y con voz calma les dijo a todos los chicos.

—Vamos adentro que es hora de apagar las velitas.

Shelley no le limpió a Fred la sangre seca pegada en la frente. Tampoco le pidió que se cambiara de ropa. Lo dejó cantar el feliz cumpleaños vestido con mi pollera y con mi hebilla en el pelo. Cuando cortó la torta me repartió el primer pedazo, del lado con más confites. Quizás por eso empecé a quererla.

O me estaba haciendo mayor.

Trabajo Sucio

Ámbar violeta (Carli V.)

Clara siempre tuvo la virtud de llorar en silencio. Desde chica, cuando le decían que las nenas lindas no lloran. De grande, le dijeron que las mujeres no lloran, aguantan. Ahora, con un hijo de cinco y otro de seis, no tiene tiempo, por eso antes de dormir lo hace así, en voz baja, para que los chicos no escuchen. No se acuerda con certeza el motivo, pero dejarse llorar a los cuarenta y pico tiene sus ventajas, descubrió que se duerme más rápido.

Con el tiempo atropellándola, fue perdiendo el rosa de su cara y el rojo de la punta de su nariz. Tiene un tono medio azul en la piel. No literal, pero es ese tono en las gamas de los colores tristes. Lo tiene en el pelo, como un reflejo; a los costados de la frente, debajo de los ojos y en la boca. Un azul parecido al violeta.

Son las seis y treinta y cinco de la mañana. Se despertó con las manos transpiradas y la respiración agitada. No sabe qué soñó, pero no era la respiración típica de un susto, era otra cosa. Cuando se destapó vio una de sus piernas marcada. Tiene las uñas largas, deduce que quizás la picó algo. Debería poner mis sueños al día, piensa.

Después de unos segundos de estar sentada en la orilla de su cama, se levanta, arrastra los pies sobre las pantuflas que fueron blancas y ahora están despegadas y viejas, pasa por la puerta de

la pieza de los chicos que todavía duermen. Falta un rato para ir a la escuela.

Se ve en el espejo vertical del pasillo. Se detiene. No se mira muy seguido, porque cada vez que lo hace encuentra algún motivo para retarse hasta el último reflejo. Esa remera vieja que nunca sintió propia, las piernas largas desnudas. Se acuerda de un vestido corto con el que salía y piensa en qué momento decidió que dejaría de usarlo para cambiarlo por una remera decrepita y ajena.

Todavía le quedan un par de horas al día para volver a llorar. Continúa su camino. En cada lugar de la casa hay una silla o banco solitario que la espera cuando los días pesan más. Va a la cocina, el banquito de turno da al patio. Pone agua para el mate y mientras, se sienta jorobando su espalda. Su mirada esquivó las manchas del vidrio y se fue al césped hecho maleza; la hamaca oxidada... piensa en cuánto le gusta ese color, la manera de comerse las cosas. Se imagina de metal, su cuerpo oxidándose, subiendo de a poco por sus pies, tobillos, pantorrillas. Es temprano, piensa, los chicos duermen. Deja seguir sus ojos hasta la pared sin revocar, esas asperezas y humedad la ponen un poco frágil, siente los huecos del muro en ella: en su pecho, en su estómago. Se aprieta fuerte la panza con una mano y frunce el ceño; es tal la necesidad de sentir que elaboró una especie de mecanismo que le permite mimetizarse con cualquier cosa rota, vieja o en desuso, porque así se sentía a veces, en desuso. Esa era la palabra.

En la oficina donde es secretaria, todo es nuevo, todo brilla, lo más atractivo es un sacapuntas que tiene apenas una línea de óxido sobre su navaja. En los ratos libres, pasa su dedo por el filo lentamente e imagina su cuerpo entero metiéndose ahí dentro.

Pero ahora está en casa. Recuerda el sueño, cómo era sentirse así. No importa qué o quién rasguño sus piernas. Ningún sueño la

encontró como ese. Si llora en silencio, puede hacer cualquier cosa así, piensa. Puede.

Mira el patio. Abre la puerta y sale. Va a la hamaca y se sienta de perfil. Mientras el pasto le roza las piernas como óxido subiendo, la cadena que la sostiene queda marcada en su mano, una sola, porque la otra hace el trabajo sucio, el silencioso, el que sueña y llora. Ese que solo puede hacer cuando los chicos duermen.

El bebé que no existe

Cany (Carolina Ammirati)

En medio de la cuarentena juntaste coraje y fuiste al médico a hacer el chequeo anual. Como dio todo *ok*, se lo dijiste: con mi novio estamos pensando en ser papás. “Ponete a hacer la tarea, no te digo todos los días, pero casi. Tranqui unos meses, no más de seis porque vos ya tenés 40”. Hasta ese momento la edad no había sido más que un dato, como que te digan que sos morocha o que vivís en Capital. Ahora parece que es EL dato.

A un mes de esa cita no te viene, un poco te ilusionas, te hacés el bendito Evatest, el primero de muchos que te vas a hacer y que, de a uno, van a ir perdiendo emoción hasta transformarse en casi un trámite. Da negativo. Sentís que algo raro te pasa, una semana después te viene, pasan los días y no se te va. Una mañana de sábado, una hemorragia te asusta tanto que te hace ir a la guardia. Te sacan sangre, esperás una hora pensando lo peor, te llenas de culpa, a ver si sí estabas embarazada y tardaste una semana en ir al médico teniendo pérdidas.

El análisis de sangre da negativo, a partir de ahí tu salud ya no parece importarle a nadie. Una médica te explica cómo funciona la menstruación como si fueras una tarada, intentas en vano discutirle que te viene hace 30 años, que sabes cómo es, que esto es diferente.

De ahí en más es como vivir en un síndrome premenstrual permanente: hinchazón, dolor, llanto. Ya no sabés cuándo te tiene que

venir o cuando se te tiene que ir. Es un par de días sí, otros no. Unos días una gotera, otros una catarata. Estas cansada de todo, la ropa no te entra, con las remeras parecéis irónicamente embarazada, estás harta de las toallitas de diferentes tamaños, de manchar sillones, sábanas y las bombachas lindas, estás agotada, agradecerés cada día estar en cuarentena porque así no sé cómo hubieras hecho en la oficina. El médico por Whatsapp te dice que sos exagerada, que tus nervios le suman dolor emocional al físico, que te olvidés, que no le des importancia. Vos insistís y lo cansás hasta que te manda a hacer una ecografía.

Pedir turnos en plena pandemia es una odisea de claves, portales web, agendas, recetas virtuales, protocolos, apps, barbijos y miedo.

Vas a la ecografía y le decís a la técnica dónde te duele, revisa más de ese lado, lloras de dolor. “Tenés endometriosis, ¿No sabías? ¿Antes nunca te pasó?”

Y... no, le respondes con fastidio, yo antes era un relojito.

Le llevas el estudio al médico, con cara de: ¿Viste que al final sí tenía algo?

Una posible solución: tomar pastillas anticonceptivas y ver si se va solo. Pero a tu edad eso es riesgoso y además va en contra de tu idea de reproducirte, idea para la cual ya perdiste casi tres meses. Pero no vale contar ahora para esos seis meses iniciales, pensás, pero sabes que no es verdad porque ahora estás más cerca de los 41. La otra solución, la mejor según el doctor: embarazate, que las hormonas del embarazo sacan la endometriosis.

A los días consultas también con la endocrinóloga: “¡Pero estos hombres! ¿Cómo vas a quedar embarazada?, ni ganas de estar con tu novio, estando así”. Sentís que por primera vez alguien te entiende.

Sentís culpa, enojo, frustración. Sentís que tu cuerpo es un ente escindido de vos misma y que te traiciona, te juega en contra, no hace lo que tiene que hacer, no funciona. Te acordás del psiquiatra cuando te decía que la biología no es matemática. Ves bebés en todos lados, de golpe todo el mundo tiene mellizos y hasta trillizos, todo el mundo tiene 3, 4 hijos. ¿Cómo hacen?, te preguntás, y los odias. No querés, pero los odias.

Dejaste ya de contar los días que hace que estás indispuesta porque estás podrida, mejor disfrutar de los pocos días que te baja poco. Cada tanto te haces un Evatest porque no tenés fecha cierta de nada. Y no vaya a ser cosa que estas tomando alcohol.

Casi dos meses después, conseguís un turno presencial, vas y le exigís al médico una solución, que así no podés seguir viviendo. Te manda a hacerte una resonancia. Otra vez la peripecia de los turnos.

Cuando por fin vas, te mandan a cambiar y aparece una enfermera con una jeringa. ¿Y esto? “Buscapina”, te responde, seca. Perdoname pero nadie me dijo que me iban a inyectar algo, ¿Me podrás explicar para qué es? La enfermera te explica con cara de fastidio que es para que los movimientos de la panza no afecten la imagen, a vos no te importa que le moleste explicar porque aprendiste hace años en terapia que necesitas información para bajar la ansiedad y que es tu derecho como paciente.

Te inyecta y pasás a donde está el resonador. Viene un médico, te pide que te acuestes y te mete un gel en la vagina. “Que date quieta porque si se te sale, tengo que hacerlo de nuevo”, te dice en tono de amenaza.

“Estos hombres, no entienden nada” te dice la enfermera mientras te acomoda un almohadón debajo de las piernas, “así

no se te va a salir y vas a estar más cómoda. No se puede, pero si querés, adentro del resonador, bajate el barbijo, te vas a ahogar”. El resultado fue el mismo: endometriosis profunda, algo toca algo del estómago, del lado ese que te dolía ¿Ves que no eran inventos tuyos? ¿Ves que sabías que no era la menstruación normal? Ahora tenés un papel firmado por una reconocida médica de un importante hospital que dice que no estás loca, que no sos una histérica ni una tonta de más de 40 que no entiende cómo funciona la menstruación.

“Yo quería evitar esto, pero ya está, hay que operar”, te dice el médico. Ok, respondés vos resignada, son tantos meses de sentirte mal que no te importa nada y medio que ya lo sabías, si te pasabas las madrugadas leyendo *papers* en inglés y en castellano sobre endometriosis, a esta altura sos casi cirujana.

Igual vas a otro médico para tener una segunda opinión y para que tu vieja te deje de romper las pelotas. Te dice lo mismo o que podrías probar con una hormona que no le hace nada al bebé (¿Qué bebé? pensás, pero no lo decís) pero que te destroza el estómago. No, gracias. Decidís operarte.

A la siguiente consulta te llevás una lista de preguntas, no te importa si son estúpidas, te bajan la ansiedad. El médico te responde con paciencia cada una, te lo debe por haberte desoi-do. Te explica el procedimiento con dibujos. “Es como cortar el pasto, voy a dejar todo limpito para que el bebé se agarre bien” ¿Qué bebé? te preguntas de nuevo, pero no lo decís en voz alta.

Los estudios prequirúrgicos insumen todo tu tiempo y tu paciencia, no hay turno para todos en un solo lugar, no te coinciden con tus horarios de laburo, pero de alguna forma logras tenerlos a tiempo.

Vas y te operás, previo hisopado que te hicieron un domingo lluvioso a las 8 am, pues pandemia. Entrás al quirófano extrañamente tranquila. Tan cansada estás, que no te importa con tal de que te solucionen, que te saquen todo con un tenedor, se lo decís a los médicos y se ríen.

Ahora tenés puntos, hilos que te cuelgan, no te molestan mucho excepto el del ombligo, porque vos tenías un lindo ombligo y ahora se ve mucho una costura.

Los días pasan, las pérdidas siguen, es normal te dice el médico. Vos sentís que te duele el mismo lado que antes, pero peor, ahora es más como un pinchazo, una puntada que a veces te corta la respiración. Es normal te dicen todos, vos siempre tan ansiosa.

Pasan los meses y un par de Evatest más. Lo cansás al médico hasta que te deriva a otro, un especialista en fertilidad, porque “por tu edad es lo que está indicado”. Sentís que un poco te abandona.

Vas, odias el lugar donde todos hablan de bebés. ¿Tenés 40 años y nunca estuviste embarazada?, te pregunta inquisidora la secretaria. Y, que yo sepa no, le respondés en ese tono burlón que ponés para no mandar a la gente a la mierda. El médico te atiende, al primer “bebé” que pronuncia estallás: “A mí no me importa el bebé que no existe, eso ya pasó a un segundo plano, quiero sentirme bien yo. ¿Entendés? ¡Esto no es vida! ¡No sé ni cuando pedir turno a la depiladora!”, le gritás.

El médico abre los ojos, sorprendido, te responde sí, pero dudás que realmente entienda. Tenés 40, te dice. Si, sé cuándo nací, le respondés con hartazgo. Otra vez te explica cosas que ya sabés en ese tono condescendiente que tanto odiás, revoleás los ojos con fastidio, al final te dice que por las dudas mejor hacer una ecografía nueva, no vaya a ser cosa que quedó algo adentro,

pero esta vez con *doppler*, puede ser un coágulo. Te manda a una médica que es la mejor en eso. Medio que te vas llorando, el médico lo nota: “No sientas que te vas sin una solución”, te dice, mientras te hace puñito como indica el protocolo.

Todo lo hacés sola porque por la pandemia no puede acompañarte nadie.

El día de la ecografía, otra vez la secretaria acusadora: ¿4o tenés? Si, la puta madre ¿No lo tienen escrito en la ficha? La médica se pasa de antipática, tratás de explicarle por qué llegaste ahí pero no parece importarle, te reta porque tenías que hacer pis antes, vos sabes que lo hiciste pero que por los nervios tenés ganas de nuevo, estás cansada como para explicarle, te levantás de la camilla y vas al baño. Otra vez el dolor de sentir que te hurgan con un palo como a un pavo de *thanksgiving*. La médica insiste de malos modos en que te quedés quieta.

Lloras en el taxi de vuelta a tu casa. Va a estar todo bien, te dice el chofer.

Unos días después te suena el celu, es el médico, eso no puede ser nada bueno. “Tengo una mala noticia y una buena. Ya sabemos qué es, pero te tenemos que operar de nuevo”. Te sentís estafada. Todo lo que pasaste para nada. Tenés un pólipo, en ese lado que te dolía, el que le dijiste a todos que te dolía y nadie te dio pelota. Le cortás, necesitás tiempo para procesarlo. Llorás un rato y lo volvés a llamar para coordinar la nueva cirugía.

Tu novio, tu familia, tus amigas, la gente del trabajo te preguntan a vos cómo no lo vieron en la primera operación. Te suman ansiedad dudando de las habilidades del cirujano. Ahora sí que estas harta, que te opere quien sea, pero que te saquen eso lo antes posible, que te pasen de anestesia pero que se termine. Llega el día, vas de nuevo, entregadísima. Todo sale *ok*. O cumplís años o te morís, dice Mirtha Legrand. Ahora ya tenés 41.

Bendito es el fruto de tu vientre

Silvina Beccar Varela

Antes de aquello, para Camila, el luminoso departamento brillaba con luz propia. El universo todo poseía otra luz. Los pisos de pino eran encerados y lustrados diariamente. Porque sí, y muchas veces también para los invitados de la noche. Para ella, esto también era luminoso. Y esta vuelta, otra vez, venían invitados. “Parece que son importantes”, le contó Pochó, la niñera de su infancia ahora devenida en cocinera.

Para entrar desde el ascensor había que esperar en el palier, atravesar la puerta grande y ver el biombo con dibujos chinos. Justo enfrente asomaba sobre la pared el cuadro feo del tío pintor, y más allá, la biblioteca de libros falsos con una ranura en la que se introducía una llave. Entonces el mueble se abría como en un cuento y descubría su secreto: un bar repleto de bebidas alcohólicas, especialmente whisky.

Desde el pasillo, Camila vio pasar a una señora elegante que traía quesos. Se acercó tentada con probar todo, especialmente un cheddar que parecía un tambor con tapita. Cuando se abrió, adentro se descubrían bolitas de queso... al whisky. Que nunca falte el agua de vida en la casa, que no venga el Señor Sequeira, decían riendo cada vez que aparecía la más mínima amenaza de que se acabe el escabio.

En la cocina Pochó y Herminda vestidas con uniforme negro y blanco preparaban la comida para la noche. La olla misteriosa presentaba un extraño color bordó... eran remolachas ralladas dorándose en manteca que teñían la preparación de rojo sangre y perfumaban la algarabía previa a la fiesta. Más tarde se convertirían en una deliciosa sopa, pero no cualquier sopa. Era borsch, la sopa rusa que se preparaba para ocasiones importantes, como los invitados de esa noche. Faltaba la alfombra roja para que pasen, tanta expectativa y nervio había esa velada.

Entonces Camila pensó cómo iba a esconderse al llegar para que no la vieran cuando volviera de hacer aquello, por ella y por sus padres. Sintió una puntada de angustia en la panza, tal vez anticipando el horror. Especialmente difícil iba a ser desembarazarse de la madre, que para mostrarlas a ella y a sus hermanas a los invitados quería que estuvieran bien prolijitas al menos, bien vestidas como corresponde, el pelo peinado, atado y tirante... Al menos. “Aparezcan una vez si no se sientan a comer”, pidió.

Camila caminó por el pasillo hacia su cuarto para prepararse para salir. *Dios te salve María, llena eres de gracia, el Señor es contigo...* La voz de la tía Celia se colaba por debajo de su puerta. Reza-ba desde su cuarto de soltera, pensar que antes esa categoría existía y se nombraba como una mancha de escarnio. Vivía con la familia desde que la abuela le pidió, al morir, a la madre de Camila que la cuidara. Entonces la trajo.

Desde su puerta entornada, el tocadiscos Winco despedía sus sonidos metálicos; esta vuelta era un empalagoso Julio Iglesias cantando a los gritos. Sobre esta estridencia se sumaba un carrito que iba y venía, la mano de Celia tejiendo sobre la máquina de tejer Knitax, regalo de la hermana para que pudiera hacer los preciosos saquitos azules que les tejía para el colegio a sus sobrinas. Lejos

de enternecerse, a Camila le volvió la náusea al sentir el perfume de la sopa que se mezclaba con otro que venía desde adentro del cuarto, un olor pringoso que no podía identificar, que embadurnaba el alma como esas canciones nauseosas para ella, que prefería Los Redonditos de Ricota. Asomó la cabeza con cara para ver qué era y entonces lo reconoció. Bingo, más whisky. La adolescente sentía que no podía respirar en esa casa. Pero Camila estaba nerviosa y contuvo el vómito. Tenía que apurarse: para ella no era una tarde de invitados ni de paqueterías borrachas. Ni un mediodía. Ni una noche. Salió rápido y caminó hacia la Avenida Las Heras para tomar el colectivo. Tomó el 5g hacia Constitución y se bajó en la 9 de julio. Carlos Pellegrini y Juncal, planta baja.

Llegó al consultorio a la hora señalada. Impecable, pintado de blanco con una sala de espera muy amplia y muchas mujeres: todo parecía estar en su lugar. Entró. El doctor joven y canchero la recibió como si llegara a planear su fiesta de casamiento. No se entendía su sonrisa, “que alguien me explique de qué se ríe este boludo”, pensó Camila.

—No te preocupes. Va a estar todo bien, Cami, es un ratito, pasa enseguida. En un par de horas vas a ver que, si querés, te podés ir a bailar. Te va a costar 800 dólares, si querés lo podés pagar en dos cuotas, pero mejor no, así que si los tenés mejor. Y ya te digo, te vas a tu casa como si nada. —Ella había llevado la plata.

—¿Lo querés hacer ya? —preguntó el doctor sorprendido.

—Sí, me escapé de mi casa... tengo que volver —dijo ella, nerviosa.

Entonces Camila volvió a la sala de espera blanca e impoluta, más mujeres, todas más grandes, algunas la miraban con curiosidad. La llamaron para prepararla. Alguien le puso una bata blanca.

—Es mejor así —aclaró el doctor—, más higiénico y mucho menos riesgoso para todos. Con anestesia es más tiempo y muchos

más problemas de logística, imagínate que nos pueden meter presos a todos. Así, en cambio, te podés ir a tu casa como si nada. Incluso hoy a la noche, si quieren, se pueden ir a bailar. Repite, y ella lo escucha desde un lejano cuarto negro y doloroso. Qué alguien le explique a este señor quién puede tener ganas de ir a bailar. Pero el muy pelotudo repite eso, como una letanía.

En la cabeza de Camila se repetía, incesante, otra letanía, como un mantra: *Dios te salve*: la oración de la tía, la oración de la madre, la oración de la abuela, la cabeza a punto de explotar. Que alguien le explique quién carajo quiere bailar.

Camila se acuesta en la camilla y abre las piernas.

—Vení, pasá. Relajate. Abrí las piernas. Quedate quieta, quedate quieta te dije, quedate quieta que se te pasa. Si te quedás quietita pasa más rápido —dice el doctor con cara de feliz cumpleaños.

Entonces introduce una especie de jeringa de plástico gigante adentro, bien adentro, y empieza a absorber sangre y coágulos. Y la panza se retuerce de dolor. Y vienen retorcijones, pero no, son puntadas fuertes, no son retorcijones: son contracciones. El dolor atraviesa la cara de la joven.

Bendita tu eres entre todas las mujeres. Y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús.

—Esto va a doler un poco —aclara, ya sin disimular y con cara de preocupado— pero ya pasa.

Y sigue sacando. Sigue sacando, un poco más nervioso, y sigue aclarando: pucha digo, se ve que era un poco más grande, esto va a costar un poco más. Y sigue sacando, arrancando, y descartando jeringas de sangre color remolacha. Como la sopa piensa Camila, vomitando dolor. Y con la sopa, con la sangre derramada, como la sangre de Cristo, piensa Camila aterrada, se licua el alma. Sigue sacando, como si fuera un árbol con las raíces duras que no se de-

jan arrancar. Pero ya casi lo logra, ya casi, aclara y arranca, arranca todo, arranca el alma, de una vez y para siempre.

—Ya está —aclara, y ya nadie cree, mientras sigue sacando y cada jeringa implica un retortijón del corazón.

Terminó. Pero no se nota. El dolor persiste. El dolor es eterno. El dolor no se cura jamás.

—Esto va a seguir sangrando un poquito como era un poco más grande, se ve que entre las idas y vueltas estabas de tres meses y una semana, tal vez te convenga hacer reposo, tomar una sopa, algo que te de fuerza. Creo que al final no van a poder ir a bailar —dice, ya sin ninguna sonrisa.

Camila salió del consultorio con dificultades para caminar. Dolores de panza muy intensos. Escalofríos. Mucho miedo. Había que volver a casa. 5g, 9 de Julio, Las Heras, bajar arrastrándose por la calle Austria. No sentía nada, solo miedo. Entrar por la puerta grande y los invitados, “vení mijita, sentate, saludá”, pide la madre, como ordenando. “Va a haber sopa rusa más tarde, si quieren pueden sentarse a la mesa con nosotros”, dice. Camila no piensa hacerlo. No puede sentarse a la mesa a comer la sopa rojo sangre, esa que se hacía en ocasiones para invitados especiales.

Sigue por el pasillo y se encuentra la puerta entornada de la tía y su letanía. *Santa María, Madre de Dios*. La tía reza y el rezo hace las veces de consolador, el novio que le falta, pobre la tía soltera, dice la familia. ¿Pobre por qué? El oído zumba. Los rezos atronan, lastiman. *Ruega por nosotros pecadores*.

Para acallar todas las voces, para sumergirse en el letargo del olvido o de lo que sea, para adormecer la mente enardecida, para que calle esa desgraciada, asoman en todos los casos los Ave María, esos que siempre funcionan como mantra, como un rezo, el porvenir de una ilusión. ¿Quién decide qué es una muerte? ¿Es una

muerte? ¿Son células? Veinte imágenes religiosas, la mayoría vírgenes con el niño, contó Camila al volver esa noche a su casa. ¿Acaso ella no tenía derecho a decidir si quería ser mamá a los 17 años?

Pero entonces, claro, la cabeza, la letanía, la sangre derramada, *bendito es el fruto de vientre Jesús*, si es que la señora muerte anda rondando siempre, agazapada. *Ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.*



Subdirección Género y Equidad